



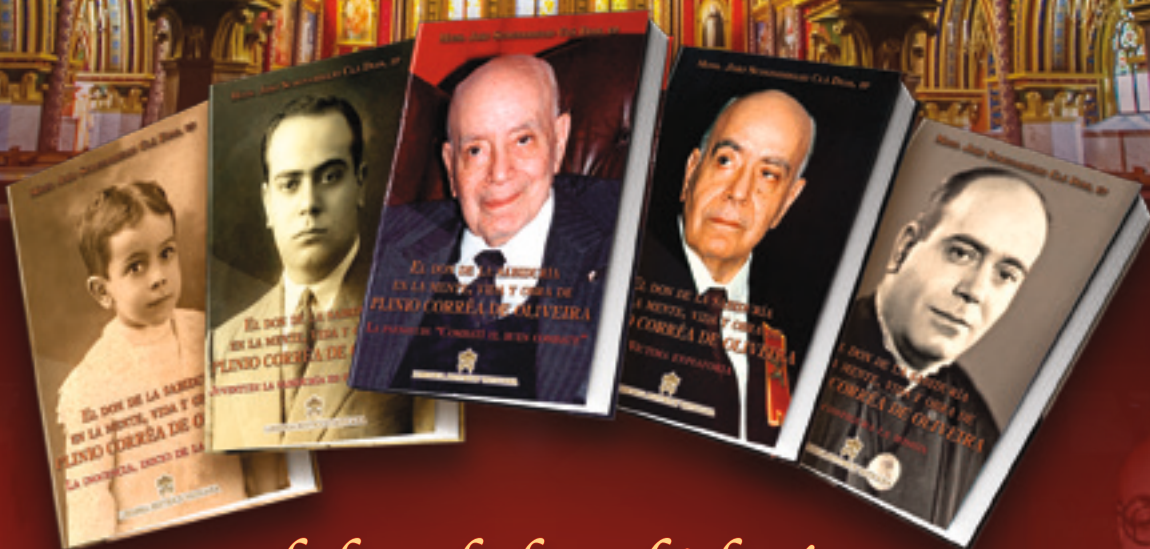
CONMEMORATIVA

EDICIÓN

HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 267 - Octubre 2025

*Treinta años
en la eternidad*



El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira

Ante la importancia de la vida y obra del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, escritor y líder católico que está en el origen de los Heraldos del Evangelio, ponemos al alcance de nuestros lectores una obra dedicada a este ilustre brasileño.

Los cinco volúmenes de esta colección, escritos por el fundador de los Heraldos del Evangelio, **Mons. João Scognamiglio Clá Dias**, y publicados por la LIBRERÍA EDITRICE VATICANA constituyen la narración más fiel de la historia del Dr. Plinio, en donde se destacan los designios de Dios sobre él y el carácter providencial de su misión.



WWW.MATERDEI.PE



+51 997 570 114

ISSN 2412-2750

Publicada por:

© Asociación Caridad y Verdad
Av. Caminos del Inca 1466 Dpto. 202
Las Gardenias Surco - Lima 33
Tel: 51 - 1 - 997570115
E-mail: revista.heraldos@heraldos.pe
Octubre 2025

Director Responsable:

Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción y diagramación:

Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:

Av. Caminos del Inca 1466 Dpto. 202
Las Gardenias Surco - Lima 33
Central Telefónica: 01-208-6930
Whatsapp 958795977
E-mail: revista.heraldos@heraldos.pe
Facebook: Heraldos del Evangelio (Perú)

Impreso en:

Afabel Impresiones Gráficas EIRL
Calle José Salas 221 Dpto. 301 3er Piso -
San Miguel - Lima 32
Lima (Perú)
Tel: (51-1) 997509927
clauespemeri@gmail.com
Lima - Perú - Septiembre 2025

Tiraje: 4000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la
Biblioteca Nacional del Perú: N° 2015-09851

Los artículos de esta revista podrán
ser reproducidos, indicando su fuente y
enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad
de los respectivos autores.

SUMARIO

➔ EDITORIAL

Confianza a toda prueba 4

➔ LA LITURGIA DOMINICAL

«Si tuvierais fe...» 6

¿De qué lepra necesito curarme? 7

¿Cuándo debo rezar? 8

¿Me tengo por justo? 9

➔ EDICIÓN CONMEMORATIVA

Breves rasgos biográficos –

La historia de un «sí» constante 10

Carisma profético –

Un profeta para nuestros días 14

Escuela pliniana de pensamiento –

**Sabiduría y grandeza al alcance
de los pequeños** 18

Padre espiritual –

La sabiduría puesta en personas 22

Hijo y esclavo de la Santísima Virgen –

El mundo para María: auge de devoción 26

Varón católico apostólico romano –

Amor sin medida a la Santa Iglesia 30

Víctima expiatoria –

El triunfo conquistado por la sangre 34

➔ TESOROS DE MONS. JOÃO

¡Plinio Corrêa de Oliveira está vivo! 38

➔ **HERALDOS EN EL MUNDO** 42

➔ VIDAS DE SANTOS

**El patriarca Abrahán – Confianza contra
toda esperanza** 46

➔ TENDENCIAS Y MENTALIDADES

Simpatía 50



Reproducción

10 Trayectoria de intachable
fidelidad



Sergio Miyazaki

18 Una nueva escuela de
pensamiento y acción



Mario Shinoda

26 Obra escrita no en libros,
sino en hijos



Santiago Vieto

38 ¿Un varón de la estatura moral del Dr. Plinio desaparecería en las brumas de la historia como tantos otros? Más que un crepúsculo, su fallecimiento significaba la aurora del cumplimiento de su misión



CONFIANZA A TODA PRUEBA

¿Quién fue Plinio Corrêa de Oliveira? Una de las respuestas plausibles, aunque incompleta, consistiría simplemente en recordar algunos hechos de su vida: indiscutible líder católico, prolífico escritor, fundador de una obra apostólica cuya influencia desconoció fronteras... Y la lista de sus atributos podría, sin duda, ser mucho más extensa, como sugieren las páginas de esta edición.

La misión de un varón providencial, sin embargo, no se circunscribe a su trayectoria terrenal. Más que indagar quién fue, debemos preguntarnos quién es —y seguirá siendo— el Dr. Plinio. En efecto, él mismo declaró en una ocasión que su obra «no era un museo, sino un estandarte en marcha».¹

Esa perennidad que rompe los lazos de la muerte se verifica sobre todo con respecto de un fundador, porque, como su propio nombre indica, todo el potencial de crecimiento del edificio de su obra está contenido en la solidez del fundamento, que es él mismo, y todo el despliegue de la influencia de esta obra se remitirá siempre al principio, en el que se concentra su fuerza. Así pues, la relevancia de la figura del Dr. Plinio se evidenciará en la medida en que se ponga en acción, se actualice, su legado.

Éste no ha permanecido oculto en los sótanos de la historia ni en los recovecos de libros enmohecidos; ha sido puesto en un candil y escrito en el alma de innumerales discípulos. Y ahí reside su triunfo. Como decía Santo Tomás de Aquino,² la perfección de un ser se revela tanto mejor cuanto más es capaz de transmitir a los demás lo que él mismo sabe hacer. Por lo tanto, de entrada no se puede saber quién es el Dr. Plinio si se excluye el papel de su mejor intérprete: Mons. João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio.

Como ocurrió entre el Beato Jordán de Sajonia en relación con Santo Domingo, o bien, en otro ámbito, entre San Miguel Rúa y San Juan Bosco, la gran hazaña de

Mons. João no consistió únicamente en repetir las realizaciones de su maestro, sino en llevarlas más allá, haciendo realidad los grandes anhelos que las circunstancias le obligaron a renunciar en vida y que hoy vemos, en gran medida, materializados en una obra puesta toda ella al servicio de la Iglesia, como son los Heraldos del Evangelio.

El vigor de esa savia se puede intuir en las semillas que el Dr. Plinio plantó a lo largo de su vida, regándolas con mucha sangre, sudor y lágrimas. Su causa formal se infiere del testamento que redactó el 10 de enero de 1978: «Declaro que he vivido y espero morir en la santa fe católica apostólica y romana, a la que me adhiero con toda la sinceridad de mi alma. No encuentro palabras suficientes para agradecerle a Nuestra Señora el favor de haber vivido desde mis primeros días, y de morir, como espero, en la Santa Iglesia, a la que he votado, voto y espero votar hasta mi último aliento, absolutamente todo mi amor».³

Como queda claro en la imagen del estandarte en marcha mencionada antes, el Dr. Plinio no se prendía a la nostalgia del pasado, sino que proyectaba una mirada de esperanza hacia el futuro. Alejada de cualquier «arqueologismo», para él la Contra-Revolución vivía de la nostalgia del porvenir. Y, por ello, *confianza* es la palabra que resumiría la actitud de Mons. João ante los acontecimientos que siguieron al 3 de octubre de 1995, fecha del fallecimiento de su padre espiritual.

Confianza porque Cristo ha vencido a la muerte y al mundo (cf. Jn 16, 33). Confianza porque la Santísima Virgen prometió en Fátima el advenimiento de su Reino. Confianza porque los varones providenciales ya participan de la eternidad por la misma contemplación de Dios⁴ y, por tanto, no mueren: «El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá» (Jn 11, 25).

La confianza nace de la fidelidad a una promesa, se nutre de la ufania en las lides del día a día, se consolida con la esperan-



El Dr. Plinio en la década de 1990

Foto: Mario Shinoda

za que no defrauda (cf. Rom 5, 5) e irradia sus efectos a los posteriores. El Dr. Plinio vivió de la esperanza hasta su último suspiro, ratificando lo que había declarado: «Después de la muerte, espero junto a [Nuestra Señora] rezar por todos, ayudándolos así de una manera más eficaz que en la vida terrena».⁵

Ante el aumento de toda suerte de dramas, los innumerables ejemplos de confianza dados por el Dr. Plinio y su perpetuo «sí» a los designios divinos inspiran sin duda a sus hijos espirituales.⁶ La gracia continúa suscitando en sus corazones «palabras de dulzura y de paz»,⁷ conforme la expresión del P. Thomas de Saint-Laurent, e iluminando el camino de quienes desean escucharlas.

No obstante, así como el triunfo del Dr. Plinio ha sido conquistado con mucha sangre,⁸ lo mismo ocurrirá con su obra. Como él mismo señaló, la forma más excelente de confianza es aquella que va contra todo pronóstico y hace sangrar el alma por lo inesperado, pero da frutos abundantes. De hecho, sólo siguiendo la huellas del Crucificado se puede alcanzar la gloria de la resurrección.

La efeméride del trigésimo aniversario del fallecimiento de tan insigne varón se reviste de especial singularidad en este año 2025, ya que nos encontramos en un año jubilar dedicado a la esperanza, cuya fina punta se llama virtud de la confianza. En este sentido, el papa León XIV comenta que la verdadera esperanza consiste: «no en tratar de evitar el dolor, sino en creer que, incluso en el corazón de los sufrimientos más injustos, se esconde la semilla de una nueva vida».⁹



Mario Shinoda

El Dr. Plinio en febrero de 1990

La trayectoria del Dr. Plinio en la Iglesia militante fue una incesante proclamación de confianza, aun cuando las tinieblas parecían dominar definitivamente la luz, incluso a costa de tantas injusticias y contradicciones. Pero en tales ocasiones es cuando resulta hermoso creer en la luz. Si siguen a su maestro en esa virtud, sus hijos espirituales —así como todas las personas de buena voluntad— podrán ser paladines de la confianza, incluso si los acontecimientos desmintieren su fe. Cuando eso ocurra, creerán aún más en la victoria y creerán «hasta en lo inverosímil, hasta en lo imposible, si ese imposible y ese inverosímil están en las vías de María Santísima».¹⁰

La confianza es invencible, porque participa de la victoria de Dios mismo. ✠

Más que indagar quién fue, debemos preguntarnos quién es —y seguirá siendo— el Dr. Plinio. Su legado se asemeja no a un museo, sino a un estandarte en marcha, puesto en manos de innumerables hijos

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. Amparo, 17/10/1985.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 108, a. 2, ad 2.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «10 de janeiro de 1978: um testamento». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año III. N.º 22 (ene, 2000), p. 5.

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *op. cit.*, q. 10, a. 3, ad 1.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, «10 de janeiro de 1978: um testamento», *op. cit.*, p. 5.

⁶ Véase especialmente el artículo «La historia de un “sí” constante», en esta edición.

⁷ SAINT-LAURENT, Thomas. *O livro da confiança*.

São Paulo: Retornarei, 2019, p. 13.

⁸ Al respecto, véase el artículo «El triunfo conquistado por la sangre», en esta edición.

⁹ LEÓN XIV. *Audiencia general*, 27/8/2025.

¹⁰ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 20/12/1991.



«Si tuvierais fe...»



✠ P. João Carlos Gomes Barroso, EP

Por la intensidad e integridad con que el hombre guarda el precioso don de la fe en su alma, se podrá medir su caridad

La liturgia de este domingo bien podría resumirse en la suave censura del divino Maestro contenida en el versículo que da título a este artículo...

Y como expresión de lo que ocurre en las almas con respecto al don de la fe, la metáfora del grano de mostaza nos introduce en los misterios de la propia vida natural, reflejo de la sobrenatural. ¿Qué es, pues, la vida? ¿Cómo explicarla? ¿Qué es el don de la fe? ¿Cómo incrementarla, ya que los mismos Apóstoles le piden al Maestro: «¡Aumentanos la fe!» (Lc 17, 5)?

Movida por el enigma de la vida, la mente humana se inclina, ora sobre las diminutas semillas de hierba que dan origen a las paradisíacas alfombras vegetales británicas, ora sobre las semillas de secuoya —comparables a las del tomate en su dimensión, pero de las cuales germinarán las gigantescas coníferas que maravillan a la humanidad—, buscando comprender los arcanos secretos que encierran, sin encontrar, no obstante, una respuesta que la satisfaga plenamente.

Este misterio se vuelve aún más atrayente en lo que respecta a la naturaleza animal... ¿Cómo de un pequeño huevo surge un gracioso y ágil colibrí —en su género, una joya viva tornasol— o la majestuosa y feroz águila, única capaz de mirar al sol a simple vista?

Sagrado Corazón de Jesús - Casa Monte Carmelo, Caieiras (Brasil); abajo, semillas de mostaza

Sin embargo, en el propio ser humano —descrito por Santo Tomás¹ como un microcosmos— es donde esa investigación alcanza su clímax y su mayor complejidad, porque, además, puede recibir otra forma de vida, infinitamente superior a la natural: la vida sobrenatural de la gracia, participación creada en la vida increada de Dios.

Todo el edificio de la vida sobrenatural en el hombre tiene como cimientos la fe, la primera de las virtudes,² ese «hábito de la mente por el que se inicia en nosotros la vida eterna, haciendo asentir al entendimiento a cosas que no ve».³ Así, la Carta a los Hebreos afirma que es «fundamento de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve» (11, 1).

Por eso San Pablo, muy paternal y elocuentemente, insiste con Timoteo: «Te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos» y «Vela por el precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros» (2 Tim 1, 6.14). En otras palabras, ese don es tan precioso que todo esfuerzo y vigilancia para preservarlo y hacerlo crecer no significan absolutamente nada en comparación con la recompensa eterna de la que se constituye en prenda.

Entonces, por la intensidad e integridad con que el hombre guarda en su alma el don precioso de la fe, se puede medir su caridad para con Dios y con el prójimo; es también por ese don que realizará los mayores actos de heroísmo por el Señor, considerándose siempre un «siervo inútil», sin buscar más recompensa que la de servirle; e igualmente por ese don dirá a la morera o a las montañas: «Arráncale de raíz y plántate en el mar» (Lc 17, 6), y le obedecerán. ✠

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. Suppl., q. 91, a. 1

² Cf. *Idem*, II-II, q. 4, a. 7.

³ *Idem*, a. 1.



Archivo Revista



¿De qué lepra necesito curarme?

✠ Diác. Delio Almeida de Oliveira Neto, EP



En el Evangelio recogido por la liturgia de hoy, Jesús pasaba por un pueblo de camino a Jerusalén, cuando diez leprosos se detuvieron a distancia —porque, según las leyes de la época, las personas afectadas por enfermedades infecciosas tenían prohibido acercarse a las sanas— y le suplicaron: «Ten compasión de nosotros» (Lc 17, 13). Cabe señalar que el Señor, Dios y hombre verdadero, podría haberlos curado inmediatamente, pero no lo hizo. Quería la participación de los leprosos para realizar el milagro, exigiéndoles, además de la petición, un acto de fe: «Id a presentaros a los sacerdotes» (Lc 17, 14). Los diez obedecieron y, cargando aún con sus llagas, se marcharon.

A menudo, algo similar ocurre en nuestras vidas. Le pedimos a Dios, incluso con mucha insistencia, gracias para el progreso espiritual, la curación de enfermedades, la solución de problemas familiares, el remedio para las dificultades económicas... pero no creemos verdaderamente que seremos atendidos. Ahora bien, si uno de los secretos para la eficacia de la oración es la perseverancia en la petición, otro no menos importante es la confianza en que el Señor nos escuchará. He ahí la contribución que Él nos impone.

En la continuación del relato evangélico, otro detalle nos llama la atención: tras darse cuenta de que habían sido sanados mientras caminaban, sólo uno de los leprosos regresó para dar las gracias. Los otros nueve quedaron atrapados en las formalidades legales que les permitirían recuperar el estatus social anterior a la enfermedad (cf. Lev 14, 1-20), olvidándose de que Dios había promulgado tales leyes y que acababa de obrar un milagro rotundo en su favor. La preocupación por la ley que mostraban esos ingratos era, por tanto, un disfraz de su propio egoísmo.

¡Cuántas veces actúa así el ser humano! Cuando se encuentra necesitado y enfermo, gime, reza y pide ayuda al Cielo. Pero tan pronto como se recupera, parece olvi-

darse por completo de quien, con tanta bondad, le había ayudado...

La falta de reconocimiento de aquellos leprosos hirió sin duda el corazón sagrado de Jesús, que preguntó: «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están?» (Lc 17, 17). Y aquí se manifiesta uno de los aspectos más graves del pecado de ingratitud: «El deber de gratitud se deriva de una deuda de amor, de la que nadie debe querer que le absuelvan».¹ ¡Prefirieron sus egoístas intereses a corresponder al amor gratuito del divino Taumaturgo!

El leproso samaritano, que decidió volver junto al Señor, nos enseña así que hay dos tipos de lepra: la del cuerpo y la del alma. De la primera, los diez quedaron limpios; pero su falta de amor y gratitud hacia el Salvador hizo que los nueve ingratos quedaran, por elección propia, leprosos del alma a causa del pecado.

Dios Encarnado derramó toda su sangre en la cruz para salvarnos. No hay nada, por tanto, que Él no esté dispuesto a darnos para nuestro bien. A nosotros nos corresponde serle agradecidos. ✠

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 107, a. 1, ad 3.

«Jesús cura a los leprosos» - Biblioteca
del monasterio de Yuso,
San Millán de la Cogolla (España)



*La ingratitud
es una
enfermedad
mil veces
peor que la
lepra, pues
afecta al
interior de
nuestra alma*

¿Cuándo debo rezar?



P. Alex Barbosa de Brito, EP

Este domingo el Señor nos propone la parábola de la viuda y el juez injusto, para enseñarnos «que es necesario orar siempre, sin desfallecer» (Lc 18, 1). Narrada únicamente en el evangelio de San Lucas, presenta a una mujer indefensa ante un magistrado perverso que no teme ni a Dios ni a los hombres.

Al explicar la parábola, Jesús deja claro que la principal enseñanza contenida en ella se refiere a la actitud del Señor hacia nosotros: «Pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?; ¿o les dará largas?» (Lc 18, 7). El hombre que reza con fe vence, porque se reconoce frágil ante el Todopoderoso y ruega con insistencia.

San Agustín, al comentar este pasaje del Evangelio, afirma: «De ninguna manera aquel juez injusto representa a la persona de Dios, sino que el Señor quiso que se sacase la conclusión de qué modo Dios, que es bueno y justo, trata con amor a aquellos que le suplican, ya que un hombre injusto, aunque sólo fuera por evitar la molestia, no puede tratar con indiferencia a aquellos que le molestan con continuas súplicas».¹ El Señor, por tanto, no pone de manifiesto un problema de lucha de clases entre un magistrado poderoso y una pobre mujer, sino de otra lucha: ¡la que el Padre celestial libra por los hijos que tanto ama!

En la primera lectura tenemos la confirmación de eso: «Mientras Moisés tenía en alto las manos, vencía Israel; mientras las tenía bajadas, vencía Amalec» (Éx 17, 11). La oración del profeta le hacía participar de la omnipotencia divina.

De este modo, queda claro que es necesario levantar los ojos a lo alto, porque el auxilio vendrá «del Señor, que hizo el cielo y la tierra». Rezar en todo momento significa recurrir a Él «en las entradas y salidas», es decir, durante la tentación y la prueba, así como en el momento de la victoria, con la certeza de que Dios nos guarda «ahora y siempre» (Sal 120, 2.8).

Lamentablemente, muchos son los que en los momentos de éxito dejan de darle gracias al Buen Dios

y en los fracasos lo acusan de haberlos abandonado. Y yo, ¿cómo reacciono ante las dificultades y las penurias? ¿Cómo me comporto en tiempos de victoria y abundancia?

No olvidemos que si la oración nos hace partícipes de la omnipotencia divina, también nos enseña que dependemos de Dios. De tal manera que en el avemaría rezamos: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte». Sí, «ahora y en la hora de nuestra muerte», es decir, ¡siempre! ✠

¹ SAN AGUSTÍN. *El sermón de la montaña*. L. II, c. 15, n.º 52.



Miembros de los Heraldos del Evangelio en oración - Basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

João Paulo Rodrigues

*El que reza
asume el
mando de
la historia,
pero aprende
también
que en todo
depende
de Dios*

¿Me tengo por justo?

✠ P. Pablo Luis Werner Benjumea, EP



El Evangelio de este domingo nos presenta la parábola del fariseo y el publicano, narrada por el Señor a «algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás» (Lc 18, 9), es decir, a algunos soberbios. En ella, Jesús retrata a dos hombres que suben al Templo de Jerusalén a orar: un fariseo y un publicano.

El primero, de pie, da gracias a Dios por no ser pecador como los demás hombres; se jacta de sus virtudes, no le pide al Señor ni ayuda ni perdón por sus faltas. El segundo se mantiene a distancia, reconociendo su indignidad, baja la cabeza, admite que es pecador y le ruega al Altísimo que sea propicio con él. El divino Maestro afirma que el publicano salió del Templo justificado, pero el fariseo no, porque «Dios resiste a los soberbios, mas da su gracia a los humildes» (Sant 4, 6).

No obstante, ¿en qué consiste la soberbia?

Es propiamente un apetito desordenado de la excelencia misma, pecado que se manifiesta de diversas maneras, como, por ejemplo: intentar sobresalir a cualquier precio; considerarse mejor que los otros rebajar a los demás; ufanarse de bienes espirituales o materiales, como si procedieran de uno mismo; presumir de salvarse con sus propias fuerzas, sin contar con el auxilio de Dios.

Se trata de un pecado muy serio, que abre la puerta a todos los demás. Lo cometieron los ángeles malos, nuestros primeros padres y... también nosotros.

La virtud contraria a la soberbia es la humildad, por la cual reconocemos lo que realmente somos ante Dios. Como enseña Santa Teresa: «La humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada».¹

¿Y nosotros? ¿Somos humildes o soberbios? ¿No es cierto que, en muchísimas ocasiones, la soberbia es el motor de nuestras acciones? Hagamos, pues, un examen de conciencia al respecto.

He aquí algunas preguntas que podríamos hacernos: ¿Reconozco que solamente iré al Cielo con la ayuda de Dios y, en consecuencia, procuro llevar mi

vida de oración con seriedad? ¿Me considero superior a los demás, me burlo de ellos, los insulto o difamo? ¿Pretendo que los otros me elogien por mis virtudes imaginarias, mis cualidades humanas o mi aspecto físico y que me honren con los mejores puestos? ¿Me irrito cuando las cosas no salen como yo quiero?

La Virgen María es un ejemplo de humildad para todos nosotros. Ante San Gabriel, se reconoce como la esclava del Señor (cf. Lc 1, 38), y en el magnificat proclama que Dios «ha mirado la humildad de su sierva» (Lc 1, 48). Sin embargo, esa humildad no se manifiesta sólo con palabras. Inmediatamente después de la visita del arcángel, Nuestra Señora parte hacia la casa de Santa Isabel para servirla; sufre en silencio las penurias del viaje a Egipto, como consecuencia de la persecución de Herodes; obedece en todo a San José, aun siendo la Reina del Cielo y de la tierra.

Pidámosle a Ella —Medianera universal de todas las gracias— que nos conceda el don inestimable de tener un corazón humilde como el suyo. ✠

¹ SANTA TERESA DE JESÚS. *Moradas del castillo interior*. «Moradas sextas», c. 10, n.º 8.

«La oración del fariseo y del publicano» - Museo Lázaro Galdiano, Madrid

*¿Somos
humildes o
soberbios?
Hagamos un
examen de
conciencia al
respeto...*

Francisco Lecaros





La historia de un «sí» constante

De manera detallada y con la autoridad de un discípulo perfecto, Mons. João escribió cinco volúmenes sobre la vida del Dr. Plinio. Inspirados en su obra, aquí consideraremos la gesta de este varón católico sólo desde un aspecto: la historia de los «sí» que él le dijo a Dios a lo largo de su existencia.



✠ P. Joshua Alexander Sequeira, EP

Pocos en la historia han brillado tanto por su audacia como el gigante San Pablo. Basta leer alguna de sus cartas, o los Hechos de los Apóstoles, para comprobarlo. Sin embargo, entre sus actos de intrepidez, uno sobresale: se atrevió a resumir toda la vida del Hombre-Dios en pocas frases..., ¡y lo consiguió! «Siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2, 5-8). Estaba todo dicho: la existencia terrena del Verbo Encarnado se sintetiza en la obediencia al Padre, como el propio Jesucristo lo había afirmado (cf. Jn 5, 30; 6, 38; 12, 49).

Guardando las debidas proporciones, el presente artículo también se enfrenta a un reto similar: ¿cómo resumir las obras de Plinio Corrêa de Oliveira, en sus ochenta y seis años de servicio a Dios, a María Santísima y a la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana?

«Señor, ¿no soy acaso el “sí” constante?»

7 de junio de 1978. Al término de un homenaje filial preparado por sus discípulos en conmemoración del ani-

versario de su bautismo, el Dr. Plinio pronunció emotivas y profundas alabanzas a la Iglesia. Comparó a la Esposa Mística de Cristo con el propio Jesús, quien, en medio al vituperio general durante su pasión, fijara su mirada en cada fiel preguntándole: «Hijo mío, tú, al menos, ¿me quieres?».

Transido de amor, el Dr. Plinio prosiguió: «Uno de nosotros respondería: “Pero, Señor, ¡qué pregunta! ¿¿Para qué existo sino para eso!? ¿Qué delito he cometido ante vos, Señor, para que siquiera formuléis esa pregunta? ¿No soy acaso el “sí” constante, el “sí” ininterrumpido de todas las horas del día y de la noche, dispuesto a recibir lo que vos queráis darme?”».¹

He aquí, en sus propias palabras, una vía para sintetizar la existencia de

este varón: un «sí» constante, renovado en todas las etapas de su vida.

«Sí» a la inocencia y a lo maravilloso

El domingo *Gaudete* de 1908 —celebrado el 13 de diciembre de ese año—, Lucilia Corrêa de Oliveira daba a luz al pequeño Plinio, en la ciudad de São Paulo. Ella fue la primera escuela donde su hijo aprendió el amor a Dios; en efecto, «la mayor de las universidades no tiene el papel de la madre».²

En la «universidad luciliana», Plinio quedó encantado con la inocencia y la fe católica, y adquirió una esmerada formación moral e intelectual. Dotado del carisma de discernimiento de los espíritus, contemplaba en su madre la bondad, la elevación y el equilibrio, predisponiéndose así para recibir, al frecuentar el santuario del Sagrado Corazón de Jesús,³ gracias de profunda penetración en el espíritu de la Santa Iglesia y de Nuestro Señor.⁴ A los 4 años, durante un viaje a Europa con su familia, se maravilló a su vez con los frutos de la preciosísima sangre del Salvador que habían brotado en la cristiandad.

El «sí» a estas gracias primevas fue íntegro: «Desde pequeño, mirando a la Iglesia Católica, y no sólo a ella, sino también de lo que de ella se derramó en la sagrada civilización cristiana, lo

Fiel a las gracias primevas, el pequeño Plinio contempló y amó a la Iglesia y todo lo que de ella se derramaba sobre la civilización cristiana



Baptisterio de la iglesia de Santa Cecilia, de São Paulo, donde el Dr. Plinio fue bautizado. En el destacado, Plinio en los brazos de su madre, Dña. Lucilia



Reproducción

tomé todo como cierto, infalible, indiscutible».⁵

El 19 de noviembre de 1917, Plinio recibió su primera comunión, cuyo acceso a los niños había sido fomentado poco antes por San Pío X. En el Santísimo Sacramento obtendría las fuerzas para mantenerse fiel al «sí» inicial y a todos los posteriores: «Comprendía bien que el “Pan de los fuertes” me ayudaría a recorrer un camino duro, el camino de la fidelidad, el camino de un deber que a menudo costaría la sangre del alma».⁶

«No» al mal, que preparó el «sí» más dulce de la vida

En febrero de 1919, Plinio fue matriculado en el prestigioso Colegio San Luis, de los padres jesuitas. Habiendo vivido hasta entonces en un entorno exclusivamente familiar, su mentalidad chocó de lleno con el ambiente que encontró entre los estudiantes: las fórmulas educativas, que aún se enseñaban con esmero en aquel tiempo, eran rechazadas y ridiculizadas; la brutalidad imperaba; las conversaciones inmorales se habían convertido inescrupulosamente en habituales.

Más tarde comprendió que la mentalidad propagada por el cine de Hollywood era el vehículo que creaba en todo el mundo esa forma de ser espontánea, impura y gozadora, caracterizada por el desprecio de los valores del pasado cristiano. Y concluyó: «En el fondo, aquello era una lucha religiosa:

«Me pase lo que me pase, estaré en contra de este mundo. Estaré a favor de la pureza, de la Iglesia, de la jerarquía y de la compostura»

se trataba de ser o no ser como Nuestro Señor había determinado».⁷

Ante su constancia, la oposición de sus compañeros se generalizó, llegando incluso a la agresión: durante un recreo, Plinio recibió una fuerte pedrada en la cabeza. La profunda carga de odio, deseosa de destrucción, conllevaba una brutal advertencia: si no cedía al mundo moderno, la persecución sería dura, hasta el final. Entonces tomó una firme decisión: «Me pase lo que me pase, estaré en contra de este mundo. Estaré a favor de la pureza, de la Iglesia, de la jerarquía y de la compostura, aunque tenga que ser el último de los hombres, pisoteado, aplastado, triturado».⁸

Era un nuevo «sí», gritado en forma de «no» al mal.

No obstante, a las pruebas le siguió la mayor de las gracias: experimentar la misericordia de la Santísima Virgen.⁹ Era la devoción a la Madre de Dios, núcleo de su espiritualidad, que comenzó

ante una imagen de María Auxiliadora. Y Plinio le dio a Ella el «sí» más filial y dulce de toda su vida.

«Sí» a la santidad: lucha por la pureza y entrada en el Movimiento Católico

Las luchas se recrudecieron al ingresar en la Facultad de Derecho del Largo San Francisco, en 1926. Como es normal a la edad que se encontraba, lo asaltaban sobre todo las tentaciones contra su virginal pureza. Resistió solo, aislado en medio de los círculos de la alta sociedad, donde se consideraba ridículo y despreciable que un joven no frecuentara lugares de pecado.

Por esta razón, Plinio se sorprendió, en 1928, al avistar una pancarta que cubría todo el exterior de la iglesia de San Antonio¹⁰ anunciando el Congreso de la Juventud Católica. «¿Qué sintió en ese momento? ¿Quedó maravillado, como si un pedacito del Cielo le hubiera caído en sus manos!».¹¹ Su adhesión, inmediata y entusiasmada, constituyó un desafío a su clase social, ausente casi por completo del Movimiento Católico.

Tras haber conocido la *Historia de un alma* de Santa Teresa del Niño Jesús durante este período, decidió: «¡Quiero ser santo!». Y, el Viernes Santo de 1929, sintió el llamamiento a un «sí» explícito, como narraría más tarde: «Hijo mío,



Reproducción



Reproducción



Archivo Revista



De izquierda a derecha: Plinio en el Colegio San Luis, en 1924; a mediados de 1934; en la década de 1950; en 1974; en 1989; en 1995, último año de su vida

¿no quieres al menos ayudarme? Desde lo alto de la cruz, te vi. Si dices “sí” a mi invitación, me darás hoy alegría, en medio de mis sufrimientos. Si dices “no”, aumentarás la copa de vinagre que me corresponde beber».¹²

La respuesta no se hizo esperar: «Ese “sí” no fue dicho solamente aquel Viernes Santo, sino que en aquella ocasión fue pronunciado con mucha significación».¹³ Se iniciaba entonces una etapa de batallas en pro de la Iglesia, en la que destacaría particularmente el apostolado a través del periódico *O Legionário*, del que el Dr. Plinio llegaría a ser redactor jefe.

«Sí» a la obediencia: el diputado más joven y más votado de Brasil

En 1932, el gobierno provisional convoca elecciones nacionales para dotar a Brasil de una nueva Constitución. En São Paulo se funda la Liga Electoral Católica, con el Dr. Plinio como secretario general, y su nombre es propuesto por Mons. Duarte Leopoldo e Silva, arzobispo metropolitano, para la lista de candidatos a diputado. Superando muchas dudas, el Dr. Plinio percibe que en la obediencia a su prelado estaba, en el fondo, un nuevo «sí» a la voluntad divina.

Las votaciones, realizadas el 3 de mayo de 1933, arrojaron un resultado estruendoso: el líder católico fue el diputado más joven y más votado de la historia de Brasil, superando el doble del número de votos recibidos por el segundo clasificado.

*Con cada batalla
ganada para cumplir
la voluntad divina, la
Providencia le pedía
al Dr. Plinio nuevos
y mayores sacrificios,
ofrecidos con prontitud*

El «sí» al fracaso...

Sin embargo, comienza una etapa en la que la Providencia le exigirá la repetida aceptación de fracasos, entre ellos el de, misteriosamente, no ser reelegido para un segundo mandato, lo que pone fin a su carrera política.

Al cumplir 30 años, el Dr. Plinio empieza a notar una peligrosa infiltración en los círculos católicos, que se rebelaba contra las formas tradicionales de piedad y virtud. Las innovaciones ganaban terreno sigilosamente, incluso entre los miembros del clero... Mientras multiplica los informes a la Santa Sede sobre la situación, elabora un libro para denunciar los errores: *En defensa de la Acción Católica*.

Lanzado el 3 de junio de 1943, con prólogo del nuncio apostólico, Mons. Benedetto Aloisi Masella, la publicación supone, como era de esperar, el fin de la proyección del Dr. Plinio en los círculos católicos, hasta entonces fulgurante. Su acción es me-

tódicamente anulada por aquellos que alentaban las tendencias heterodoxas, lo que le acarreó un largo y terrible ostracismo.

«Sí» a la paternidad espiritual de los más débiles

A lo largo de la década de 1950, el Dr. Plinio se dedicará casi exclusivamente a la formación de un pequeño número de seguidores, conocido como el grupo del *Catolicismo* en razón de la revista mensual homónima que él fundó.

El Dr. Plinio dará entonces a la Providencia un nuevo «sí»: el de ser padre espiritual de una generación quebrantada por siglos de proceso revolucionario, la cual conducirá con admirable paciencia y bondad.

Esa fidelidad brotó en un encuentro histórico: el 7 de julio de 1956, el joven João Clá le fue presentado en las escaleras de la basílica del Carmen.¹⁴ A partir de esa fecha, la vida de ambos tomaría otro rumbo. ¡Por fin, el Dr. Plinio había encontrado un discípulo dispuesto a luchar con la misma entrega, generosidad y amor!

«Sí» a la victimización por su misión y obra

En los siguientes años de su existencia, especialmente notable es el lanzamiento del profético libro *Revolución y Contra-Revolución*, el 5 de abril de 1959, y la fundación de la Sociedad Brasileña de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (TFP), el 27 de julio de 1960.



Archivo Revista

Sergio Miyazaki

Y como aquí nos cabe considerar la historia de los «sí» del Dr. Plinio, dos hechos reclaman nuestra atención.

El primero se refiere a la *gracia de Genazzano*, recibida el 16 de diciembre de 1967,¹⁵ ocasión en la que la propia Madre del Buen Consejo da su «sí» al hijo fiel, con la promesa interior de que cumpliría enteramente su vocación.

El segundo hecho es el ofrecimiento del Dr. Plinio como víctima por su obra, realizado el 1 de febrero de 1975 y recogido por la Providencia a través de un accidente automovilístico.¹⁶ De este «sí» vendrá un torrente de gracias para el movimiento fundado por él, con el florecimiento del apostolado desarrollado por el joven João Clá.

El «sí» definitivo y reparador

En el ocaso de su vida, el Dr. Plinio podía presentarse ante el justo Juez con las manos repletas de frutos espirituales: incontables batallas libradas por la

¿No habría sido el «sí» constante de Plinio Corrêa de Oliveira un «acto de virtud inmenso», reparador del pasado y prenda de una nueva era?

Santa Iglesia y la civilización cristiana; miles de conferencias y charlas pronunciadas, numerosos libros y artículos publicados, en los que había expuesto la doctrina católica con plena exactitud; una obra floreciente, con hijos repartidos por todos los continentes; una existencia nimbada de una diamantina fidelidad. Así cerró sus ojos a este mundo el 3 de octubre de 1995.

Sin embargo, su existencia va mucho más allá del ámbito personal.

La historia de los hombres está marcada por una larga secuencia de infidelidades: los «no» y los «tal vez mañana» de tantas almas llamadas, cuya incorrespondencia fue el principal factor en el asombroso avance del mal en los últimos siglos. ¿No constituiría esta defección de los elegidos una especie de «pecado inmenso», consciente y deliberado? Entonces, ¿no habría sido el «sí» constante de Plinio Corrêa de Oliveira un «acto de virtud inmenso», reparador de las negaciones pasadas y prenda de una nueva era de gracias jamás imaginada? El futuro lo dirá...

Pero una cosa es segura. Incluso después de partir hacia la eternidad, el Dr. Plinio continúa vivo en aquellos en cuyas almas ha sido plantada una semilla de profetismo participativa de su propio carisma, como veremos en las páginas siguientes. ✚

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 7/6/1978.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 12/5/1980.

³ Situado en el barrio de los Campos Elíseos, de São Paulo.

⁴ Al respecto, véase el artículo «Un profeta para nuestros días», en la presente edición.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 1967.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 22/11/1982.

⁷ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Notas Autobiográficas*. São Paulo: Retornarei, 2010, t. II, p. 527.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 1954.

⁹ Hecho narrado con más detalles en el artículo «El mundo para María: auge de devoción», en esta edición.

¹⁰ Situada en la plaza del Patriarca, de São Paulo.

¹¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *O dom de sabedoria na mente, vida e obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-São Paulo: LEV; Lumen Sapientiae, 2016, t. II, p. 81.

¹² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 20/4/1973.

¹³ *Idem, ibidem*.

¹⁴ Situada en la calle Martiniano de Carvalho, de São Paulo.

¹⁵ Véanse los artículos «El mundo para María: auge de devoción» y «El triunfo conquistado por la sangre», en la presente edición.

¹⁶ Episodio narrado más pormenorizadamente en el artículo «El triunfo conquistado por la sangre», en esta edición.



Un profeta para nuestros días

Muy conscientes de que el carisma profético nunca abandona a la Iglesia, ¿podemos afirmar que Plinio Corrêa de Oliveira fue un profeta? Recordemos, a guisa de respuesta, algunos hechos de su vida.

✠ P. Luiz Francisco Beccari, EP



Al dirigir nuestra atención hacia los acontecimientos del Antiguo Testamento, nos sentimos sobrecogidos con la grandeza de la misión profética. Moisés divide el mar Rojo en dos, Elías hace bajar fuego del cielo, Isaías prevé maravillas con siglos y siglos de antelación...

El cortejo de profetas, sin embargo, no terminó cuando San Juan Bautista señaló al Mesías anunciado. Por el contrario, según la categórica afirmación de Santo Tomás de Aquino, Dios también los envía continuamente a la Iglesia: «En todas las épocas hubo algunos que poseían el espíritu profético, no para dar a conocer doctrinas nuevas, sino para dirigir la vida humana».¹

Es bien cierto que todo bautizado participa de la triple misión de Nuestro Señor Jesucristo: sacerdote, profeta y rey.² No obstante, la Providencia divina dispensa el carácter profético con suprema largueza a algunos de sus hijos, y es a través de ellos que el Espíritu Santo continúa hablando en el Nuevo Testamento.

Faro que alerta y guía

Frecuentemente, se cree que la profecía consiste ante todo en predecir el futuro. Aunque dicha concepción simplista no abarca la esencia de la misión profética.³

El profeta, desde luego, puede ser auxiliado por una luz divina para anunciar el porvenir, pero este don es casi un

añadido a su carisma, que, al tratarse de una gracia concedida en beneficio de terceros, tiene como finalidad favorecer a los demás, conforme las palabras del Apóstol: «El que profetiza habla para hombres, edificando, exhortando, consolando» (1 Cor 14, 3).

Por lo tanto, es aquel que «sabe leer en el entramado de los acontecimientos el designio de Dios»,⁴ quedando así capacitado para alertar a la humanidad y guiarla hacia el cumplimiento de los planes divinos. Vemos, pues, cómo surgen en todos los tiempos y en todas partes esos hombres y mujeres que se constituyen en faros de la historia. San Benito, San Bernardo, Santa Catalina de Siena y Santa Juana de Arco son ejemplos de almas que han salido «de los límites comunes de la actividad humana para ejercer un ministerio angélico: hablar en lugar de Dios».⁵

Así, siendo muy conscientes de que el carisma profético nunca abandona a la Iglesia, ¿podemos afirmar que Plinio Corrêa de Oliveira fue un profeta? Recordemos, a guisa de respuesta, algunos hechos de su vida.

Previsiones grandiosas, hechas por un niño

Cuando Plinio, a los 11 años, tuvo su primer gran choque con el ambiente revolucionario, recibió ya entonces una clara intuición sobre el futuro. Contem-



Plinio en 1919, aproximadamente

En el primer choque con el ambiente revolucionario, a los 11 años, Plinio recibió una clara intuición sobre el futuro

plaba, en el patio del Colegio San Luis, la perfección del universo materializada en la vegetación, en las nubes, en la fauna; pero, por encima de esa armonía natural, entrevía un orden superior y espiritual, representado en los sacerdotes que pasaban, rezando, por aquel sitio. «De repente —recordaría más tarde—, se consolidó en mi espíritu la siguiente idea: existía tanta oposición entre la inocencia, la rectitud y la santidad de la Iglesia [...] y la mentalidad de esos alumnos ruines que, en cierto momento, los objetos inanimados, los bambúes, la tierra, las piedras de la calle y las construcciones de las casas se rebelarían ante la agresión de los pecados, en legítima defensa».⁶

Ante él se configuraba una perspectiva grandiosa, en la que el castigo divino purificaría un mundo pecador y dominado por la Revolución. Esto era lo que, posteriormente, denominaría *Bagarre*.⁷

Estas reflexiones, que podrían considerarse como meras impresiones infantiles, fueron corroboradas por las palabras de la propia Madre de Dios, aunque en aquel momento Plinio las ignoraba. En efecto, poco antes, la Virgen de Fátima también había anunciado, en Cova da Iria, que vendrían gigantescas calamidades a causa de la maldad de los hombres.

Unos años después, cruzaba por la plaza del Patriarca, en el centro de São Paulo, cuando al repicar de las campanas de la iglesia de San Antonio, un nuevo presagio lo llenó de alegría. Entrevió una grandiosa procesión, con pompas militares, en la que la Santísima Virgen era aclamada como soberana del mundo. La humanidad, completamente transformada, viviría entonces lo que la Iglesia pide desde hace dos milenios: «¡Venga a nosotros tu Reino!». Sería «una era en la que los hombres recibirían las últimas enseñanzas antes de

que la historia acabara [...]». Lo bueno que ahora existe permanecerá, pero esa época será mucho mejor que todo esto, pues constituirá la réplica de Dios contra el mal. ¡Y la Iglesia será la reina!».⁸

Esa promesa que la Providencia le hacía en lo más hondo de su alma era el complemento lógico de la *Bagarre*: donde antes había reinado la Revolución, se levantaría la espléndida catedral del Reino de María.

También aquí las promesas de Fátima confirmaban las predicciones de Plinio: «Por fin —había profetizado Nuestra Señora—, mi Inmaculado Corazón triunfará».

Solo, pero victorioso

La solemnidad forma parte de la grandeza y, por tanto, las grandes profecías tardan en materializarse. ¿Qué fundamentos tendríamos entonces para ver en el Dr. Plinio un carisma profético si estas premoniciones, confirmadas por las mencionadas apariciones, todavía no han sido selladas por los acontecimientos? Dirijamos nuestra atención a la época que precedió y acompañó a la Segunda Guerra Mundial: allí podremos constatar algunos ejemplos de la acuidad propiamente profética que le fue concedida.

Tras el terrible drama de la primera Gran Guerra, el joven Plinio, contrariamente a la actitud general de quienes lo rodeaban, avistada la inminencia de mayores flagelos. Su preocupación quedó registrada en una carta de 1931,

El mensaje de la Virgen de Fátima corroboró la premonición que tuvo al contemplar los bambúes en el patio de su colegio



Patio del Colegio San Luis; de fondo, el cañaveral de bambú visto por el Dr. Plinio. A la derecha, una imagen de Nuestra Señora de Fátima



ocho años antes del inicio del nuevo conflicto: «La tormenta no tardará en llegar, y tendrá como simple prelude una guerra mundial. Pero esta guerra sembrará por el mundo entero tal confusión que surgirán revoluciones en todos los rincones, y la putrefacción del triste “siglo xx” alcanzará su apogeo».⁹

La guerra estalló en 1939. De los dos bandos de la conflagración bullían ideologías aparentemente antagónicas e irreconciliables: el nazismo y el comunismo. Sin embargo, contradiciendo la opinión pública mundial, el Dr. Plinio señalaba una velada pero real identidad de doctrinas y objetivos entre ambos sistemas. Y, en el periódico *Legionario*, denunció una alianza próxima entre los

supuestos rivales: «Mientras todos los campos se definen, un movimiento cada vez más nítido se procesa. Es el de la fusión doctrinaria del nazismo con el comunismo».¹⁰ Desde el punto de vista humano, tal predicción sería, como mínimo, una exageración, cuando no un disparate. Así fue como recibió la sociedad la advertencia del Dr. Plinio, generando un verdadero escándalo.

No obstante, al cabo de unos meses el alboroto se convirtió en estupor, ya que el pronóstico se cumplió al pie de la letra: en agosto de 1939, el Pacto Ribbentrop-Molotov consagró la unión nazi-comunista.

Muchos otros acontecimientos como éstos, delatados con antelación por el Dr. Plinio, confirmaban lo acertado de su voz de alerta.

Guiando a los hombres hacia los designios de Dios

Sin embargo, como hemos dicho antes, el profetismo no consiste esencialmente en predecir el futuro. Tales anuncios, cumplidos en el tiempo, sirven sobre todo para probar la autenticidad de la misión. El núcleo de esta vocación es, según indica el Aqu-

nate en la ya mencionada cita, «dirigir la vida humana».

En Plinio Corrêa de Oliveira, este aspecto también se hizo evidente desde la primera etapa de su vida pública. Sus palabras inflamaban a las multitudes, constituyéndose así una natural autoridad. «No era un cargo —recordaba—, no era una función; era un prestigio, una influencia, una importancia, un liderazgo aclamado por todos».¹¹ Hasta tal punto que a los 24 años fue elegido por abrumadora mayoría de votos como diputado a la Asamblea Constituyente de 1934, para defender los intereses de la Iglesia.

Otro episodio demostró aún más la fascinación con la que la gracia lo revestía, para que guiara a la sociedad por el camino recto. En 1942, el IV Congreso Eucarístico Nacional reunió a un mi-

Más que prever el futuro, el núcleo de la vocación profética está en dirigir la vida humana en el rumbo indicado por los designios de Dios



Fotos: Archivo Revista



Congreso Eucarístico Nacional de 1942; en el destacado, el Dr. Plinio dando un discurso en mayo de 1943 y artículos del «Legionario» escritos por él

llón de católicos en el Valle de Anhangabaú, de São Paulo. Ante tan vasta concurrencia, el Dr. Plinio pronunció un discurso sobre la inmensa vocación concedida por Dios a Brasil. La muchedumbre, prendida de los labios del orador, prorrumpió en aplausos y aclamaciones al final de su exposición: «¡Plinio! ¡Plinio! ¡Plinio!».

Ocasiones como éstas se repetirían a lo largo de la gesta del Dr. Plinio —tan abundantes que ni siquiera se podrían enumerar en un artículo—, como consecuencia del carisma que lo llevaba a guiar a la humanidad por los rumbos trazados por la Providencia.

La profecía inmortalizada

Pero ¿qué significa mover al mundo en comparación con mover al Creador? Pues bien, quizá ése sea el aspecto más trascendente de la vocación profética. Con sus oraciones y su fidelidad, el profeta debe apresurar, para mayor gloria de Dios, el cumplimiento de las promesas que ha recibido.

¿De qué manera? No proclamando únicamente la profecía, sino como que personalizándola. «Los profetas —enseña San Ireneo— no profetizan sólo



El Dr. Plinio el 22 de abril de 1995

Mediante el sufrimiento bien aceptado, el profeta debe apresurar el cumplimiento de las promesas de las que es depositario

con la palabra, sino también [...] con su comportamiento, con sus actos».¹² De igual modo, Plinio Corrêa de Oli-

veira realizó en sí las profecías que anunció.

La devoción intensísima que profesaba a la Santísima Virgen adelantaba los días del Reino de María, anticipado en la plaza del Patriarca. ¡La victoria de Nuestra Señora ya se había hecho realidad en su corazón!

Solamente faltaba un elemento para que esa profecía viva adquiriera toda su magnitud: la cruz. Como se verá con detalle en otro artículo,¹³ la Reina de los profetas no privó a su elegido de esa corona y le permiti-

tió que, durante su agonía, lidiara con la prueba del desmentido: Dios había puesto en su alma la certeza de que vería instaurado el Reino de María; pero ¿dónde estaba la realización de las promesas en un mundo donde aún prevalecía la Revolución?

En su lecho de muerte, el Dr. Plinio escuchó la respuesta de los propios labios de Mons. João, el discípulo que continuaría su batalla para la materialización de tan grandiosas profecías: «Uno diría: “Entonces, ¿qué hay del cumplimiento de la misión?”». ¡La misión se está cumpliendo así, de la manera más perfecta! Porque el sufrimiento es el mejor medio para hacerlo».¹⁴ ✠

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 174, a. 6, ad 3.

² Cf. CCE 783.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *op. cit.*, q. 171, a. 3.

⁴ CIARDI, Fabio. *I fondatori, uomini dello Spirito*. Roma: Città Nuova, 1982, p. 298.

⁵ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *O dom de sabedoria na mente, vida e obra de Plinio*

Corrêa de Oliveira. Città del Vaticano-São Paulo: LEV; Lumen Sapientiae, 2016, t. II, p. 198.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Notas autobiográficas*. São Paulo: Retornarei, 2010, t. II, p. 543.

⁷ Del francés: gresca, trifulca, pelea.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, *op. cit.*, pp. 544-545.

⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «A José Pedro Galvão de Souza». In: *Opera Omnia*. São Paulo: Retornarei, 2008, t. I, p. 24.

¹⁰ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Entre o passado e o futuro». In: *Legionário*. São Paulo. Año XII. N.º 329 (1 ene, 1939), p. 2.

¹¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 7/3/1995.

¹² SAN IRENEO DE LYON. *Adversus hæreses*. L. IV, c. 20, n.º 8: SC 100, 650.

¹³ *El triunfo conquistado por la sangre*, en esta edición.

¹⁴ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *O dom de sabedoria na mente, vida e obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-São Paulo: LEV; Lumen Sapientiae, 2016, t. v, p. 454.



Sabiduría y grandeza al alcance de los pequeños

Formar una escuela de pensamiento constituyó uno de los principales anhelos del Dr. Plinio. Más que lograr una mera producción intelectual, su intención era transmitir un espíritu y una mentalidad.

✠ P. Marcos Faes de Araújo, EP



Si la grandeza de un hombre se midiera únicamente por el volumen de sus obras, ya tendríamos razones de sobra para ver en el Dr. Plinio un autor excepcional. Libros, artículos, entrevistas, manifiestos, conferencias y exposiciones informales suman hoy un caudal incalculable de páginas. Sin embargo, definirlo como un intelectual y profesor notable, un brillante columnista o un prolífico escritor no es más que considerar el rodapié de su verdadera personalidad y su visión del universo.

El Dr. Plinio nunca fue un especialista monotemático, sino un incansable observador de los acontecimientos, asistido por un especial carisma profético, como hemos visto en el anterior artículo. Estar donde el servicio a la causa católica lo exigiera era el ideal constante de su vida. No obstante, dedicaba sus mayores esfuerzos no a la actividad pública, sino a la formación de sus discípulos más cercanos, con el fin, entre otros objetivos, de fundar una nueva escuela de pensamiento y acción.

El origen de una escuela de pensamiento

A finales de la década de 1950 fue cuando el Dr. Plinio expresó claramente ese deseo, convencido de que «lo principal era transmitir un espíritu y una mentalidad».¹ La creación, en di-

ciembre de 1955, de una comisión de estudios llamada MNF (sigla de *manifiesto*²) marcó los propósitos, los métodos y los temas propios de esa escuela.

Entre las diversas circunstancias que impulsaron la creación de la comisión se hallaba el deseo de dar continuidad al planteamiento expuesto en el ensayo *Cristiandad, la llave de plata*, cuyo borrador el Dr. Plinio había empezado cinco años antes. Dicho libro contenía una visión inédita sobre la perfecta relación entre la Iglesia y el Estado, el orden sobrenatural y el natural, demostrando que todo bien de la sociedad temporal deriva de la fe y de la fidelidad a los preceptos de la Iglesia.

Así pues, trató de condensar, en lo que sería un gran manifiesto, su visión de la historia y, sobre todo, la descripción del orden sacral que caracteriza-

ría a la sociedad con el triunfo del Inmaculado Corazón de María.

Ya sea describiendo las razones más elevadas de la estética y la finalidad más noble del arte, ya penetrando en las causas profundas de ciertas transformaciones sociales, ya maravillándose con la naturaleza y la jerarquía de los ángeles, ya obteniendo de las enseñanzas de la Iglesia acerca de las relaciones entre las tres personas de la Santísima Trinidad el patrón perfecto de las relaciones humanas³ —explicitudes originales de gran riqueza teológica y filosófica—, no era propio de la escuela del Dr. Plinio el pensamiento meramente abstracto. Las reminiscencias históricas y las metáforas superabundaban, claras, precisas, siempre bellas, grandiosas y atrayentes. Altísimos panoramas de contemplación mística y metafísica se volvían sencillos y accesibles, según el ejemplo del divino Maestro, de quien él mismo observó: «La sabiduría de sus parábolas deja a cualquier Platón en el fondo del mar...».⁴

Con ocasión de un viaje a Roma en la década de 1960 quiso cerciorarse de la sana doctrina de algunas de sus explicitudes y pidió a dos de sus discípulos que las presentaran a especialistas. Éstos afirmaron que dichas tesis eran tan coherentes con el pensamiento de Santo Tomás de Aquino que, para refutarlas, era necesario derribar primero todo el edificio tomista. Este comentario sor-

El Dr. Plinio ponía gran empeño en la formación de sus discípulos, a fin de fundar una nueva escuela de pensamiento y acción



El Dr. Plinio durante una reunión del MNF, a principios de la década de 1980

prendió al Dr. Plinio, pues nunca había tenido tiempo de escudriñar totalmente la obra del santo dominico. Tal consonancia con la doctrina de la Iglesia sólo podía ser fruto de un obrar eminente del don de sabiduría, que le permitía volar más allá de la sólida estructura filosófica escolástica, pero en la misma dirección señalada por sus torres de piedra.

Gracias místicas y doctrina sólida

Cuando aún era estudiante de secundaria, durante las clases de Lógica impartidas por un profesor jesuita, Plinio, por una acción especial de la gracia, tuvo un auténtico arrebató ante la lógica de San Ignacio de Loyola que brillaba entonces en uno de sus discípulos. A este raptó de admiración le siguió una experiencia interior que le hizo ver con suma claridad la mentalidad y el carisma ignacianos, hasta el punto de sentirse impregnado de una participación en ese mismo espíritu, la cual le confirió, como beneficio gratuito otorgado por Dios, una agudísima capacidad de raciocinar que se manifestaría en su propia vida.

Más tarde, cuando cursaba el último año de Derecho en la facultad, se produjo un fenómeno análogo al entrar en contacto con las obras de Santo Tomás, por lo que discernió la mentalidad del Doctor Angélico de una manera tan viva que llegó a asimilar su método de

*Trataba de explicitar
y condensar su visión
de la historia y del
universo, sobre todo
del orden sacral
que marcará el
Reino de María*

pensamiento, pasando a utilizarlo el resto de su vida.⁵

Conjugó estas gracias místicas con un gran y metódico esfuerzo por conferir todas sus explicitudes con las enseñanzas de la Iglesia y la filosofía bendecida por ella. Se definía como un «tomista convencido».⁶

De hecho, la base de su pensamiento se fundamenta en la noción de lo que él denominaba la *noción del ser*, una referencia a los principios innatos del alma humana que Santo Tomás y la escolástica describen como *ser* y *sindéresis*. En otras palabras, el niño percibe intuitivamente que no se puede *ser* y *no ser* al mismo tiempo, y que él mismo es distinto de los demás seres. A su vez, la *sindéresis* se define como un hábito infundido en el alma por el cual el niño, desde su

más tierna edad, tiene una noción de los principios morales fundamentales: entre ellos, lo que es verdad y lo que es error, lo que es bien y lo que es mal, lo que es pecado y lo que es virtud, y tiende constantemente hacia una buena posición por la fuerza de ese «instinto» innato.

A partir de estos fundamentos filosóficos, el Dr. Plinio explicitó toda una visión del universo basada en la inocencia. Sin embargo, no la concebía solamente como el estado de alma de quien no ha pecado, por ejemplo, contra la castidad, como se podría pensar ingenuamente, sino como una ordenación interior dada por Dios desde el principio —por tanto, antes del uso de razón—, un conjunto de aptitudes e impulsos nobles que propician un recto juicio de las cosas y situaciones y permiten optar siempre por lo más perfecto, lo más elevado, lo más bello. Las gracias derivadas del bautismo fortalecen esa integridad de alma, a pesar de las malas inclinaciones oriundas del pecado original.

Así, la fidelidad a la verdad expresada en estos primeros juicios constituye propiamente el estado de inocencia, fuente de toda la escuela de pensamiento y santidad del Dr. Plinio.⁷

Vuelo y fecundidad de la inocencia

El estado de inocencia se basa primordialmente en la confrontación del



mundo exterior —el maravilloso libro de la creación— con la armonía y el orden interiores, a través de una observación sapiencial y connatural de la realidad, seguida del juicio racional y teniendo como instrumentos secundarios la lectura y la investigación científica. «Nunca sería un hombre que lee más de lo que piensa: sería como comer más de lo que digiero. Es un fenómeno insano... Esta enfermedad, la rechazo»,⁸ explicaba el Dr. Plinio.

Como fruto de ese hábito contemplativo, afirmó en cierta ocasión que tenía en torno a trescientas «*pontas de trilho*» (lit., puntas de raíles) en su mente. Así llamaba a las intuiciones y pensamientos inconclusos que apuntan hacia nuevos horizontes, a la manera del inicio de una línea ferroviaria que invita a adentrarse en los misterios de un camino lejano. Algunas de ellas las guardaba en la memoria desde su infancia, convencido de que encontraría en cada pequeña y particular perfección una nueva maravilla de la sabiduría de Dios que componía el inmenso caleidoscopio del orden del universo.

Brevísima muestra de explicitudes plinianas

Mencionemos unos pocos ejemplos de temas desarrollados por él.⁹

Ya en su infancia, al observar en sus más cercanos la realidad del sufrimiento, comprendió que había en éste ciertas razones superiores, así como, por parte del hombre, una necesidad psicológica de padecerlo, lo que dio origen a sus explicitudes sobre la *sufritiva*.¹⁰

A los 18 años, emergió en su espíritu una convicción, basada en las enseñanzas contenidas en el Libro de Job (cf. 1, 6-12; 2, 1-6): existe una realidad en la que, ante la mirada divina, ángeles y demonios libran una lucha sustentada en los méritos de los hombres,

que les sirven de permisos para actuar en la tierra, ya sea a favor del bien, los ángeles, o del mal, los demonios. A esta zona, cuya existencia se fundamenta en la doctrina de la comunión de los santos, le dio el nombre de *transesfera* y, durante varios años, pudo disertar acerca de las misteriosas leyes que la gobiernan y del modo de actuar en pro de la Iglesia en esta batalla.

Sus ideas sobre *simbología* abarcan una considerable amplitud de temas de la psicología y la metafísica, al considerar el símbolo no como una mera convención o analogía, sino como una realidad vinculada al mundo de las «*arquetipias*», a través de las cuales el espíritu humano puede dirigirse hacia el *Absoluto*, que es Dios.

Pero el Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María eran los que ocupaban el centro de sus explicitudes, basadas en su experiencia personal al discernir el alma de Nuestro Señor. Desarrolló sublimes hipó-

tesis respecto al *Secreto de María*, mencionado por San Luis Grignon de Montfort, cuya revelación hará posible un *intercambio de voluntades* con el Redentor y su Santísima Madre, un fenómeno natural y místico, individual y colectivo, a partir del cual podrá darse una renovación de la humanidad. Partía, así, desde muy alto su descripción sobre la *sociedad orgánica*, una serie de reuniones en las que analizó las bases psicológicas y político-sociales de la organización de la vida humana conforme la recta ordenación de la naturaleza iluminada por la gracia, en la que todo se regiría según la mentalidad del Sagrado Corazón de Jesús.

En el eje de estas explicitudes encontramos su visión global y sapiencial de la historia, nunca presentada como una simple sucesión de acontecimientos inconexos, sino entendida en función de la centralidad de la misión de la Iglesia y de la enemistad iniciada en el paraíso con el «*inimicitias ponam*» (Gén 3, 15). Al comentar episodios históricos, demostraba un profundo conocimiento de la misión de los pueblos y de los individuos ante Dios, señalando las fidelidades y las prevaricaciones que explicaban ciertos giros de los hechos, lo cual no sólo hacía brillar la inmensa cultura de un catedrático, sino sobre todo un particular don vinculado al discernimiento de los espíritus. El libro *Revolución y Contra-Revolución*, en muchos

*El Dr. Plinio
tenía en su mente
unas trescientas
«pontas de trilho»,
ideas inconclusas
que apuntaban a
nuevos horizontes*

El Dr. Plinio en una reunión del MNF,
en la década de 1980



aspectos su obra maestra, no es más que el índice de esta visión realmente profética de la *teología de la historia*.

Manifiesto universal

El Dr. Plinio apreciaba tanto la comisión del MNF que la mantuvo activa hasta el final de su vida, llegando a reunirla tres veces a la semana, a pesar de las intensas actividades que absorbían su atención y de las demás comisiones de estudios que dirigía y conferencias que impartía. Enseñó, dando sorprendentes ejemplos de ello, cuán eminentemente contemplativa era su escuela de pensamiento, sin abandonar, no obstante, su vida activa.

Aunque diversas circunstancias impidieron que el manifiesto saliera adelante tal y como había sido inicialmente

Las reuniones del MNF permitieron explicitar un colosal acervo doctrinario; pero, sobre todo, constituyeron una obra viva y fecunda

concebido, las reuniones permitieron explicitar un colosal acervo doctrinario, con un potencial insondable que aún posibilitará descubrir nuevos horizontes del pensamiento católico a fin de «reactivar la *noción del ser* de la humanidad, reconstituyendo los fundamentos morales corroídos por la mentalidad revolucionaria».¹¹

Sobre todo, cuando el Dr. Plinio estaba por concluir su larga labor terrena, vivida sin mancha bajo la mirada de María Santísima, ese *manifiesto universal* estaba por convertirse, no en libros que quedarían sepultados en bibliotecas, sino en una obra viva, activa y fecunda, tal como él ardientemente lo deseó. ✚



Ejemplares en varios idiomas del libro «Revolución y Contra-Revolución», obra maestra del Dr. Plinio

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *O dom de sabedoria na mente, vida e obra de Plínio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-São Paulo: LEV; Lumen Sapientiae, 2016, t. III, p. 515.

² Los principales datos sobre esta comisión de estudios pueden consultarse en: CLÁ DIAS, *op. cit.*, pp. 519-561.

³ Es imposible hacer una relación completa de los asuntos desarrollados por el Dr. Plinio en el MNF. A lo largo de este artículo

lo sólo se mencionan algunos de ellos. Una lista más completa, aunque no exhaustiva, se puede encontrar en la obra de Mons. João antes citada.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 24/4/1985.

⁵ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *O dom de sabedoria na mente, vida e obra de Plínio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-São Paulo: LEV; Lumen Sapientiae, 2016, t. II, pp. 161-163.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Autorretrato filosófico». In: *Catolicismo*. Campos dos Goytacazes. Año XLVI. N.º 550 (oct, 1996), p. 29.

⁷ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *O dom de sabedoria na mente, vida e obra de Plínio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-São Paulo: LEV; Lumen Sapientiae, 2016, t. I, pp. 37-40.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 18/2/1968.

⁹ Las palabras en cursiva forman parte del vocabulario pliniano o adquirieron significado propio en sus explicitudes. Por lo tanto, requerirían un desarrollo más profundo, pero, debido a la brevedad de este artículo, sólo se hará mención a ellas.

¹⁰ Sobre este tema, véase: RIBEIRO, EP, Leandro César. «Aprender a sufrir». In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. Año XXIII. N.º 265 (ago, 2025), pp. 18-21.

¹¹ CLÁ DIAS, *op. cit.*, t. III, p. 527.



La sabiduría puesta en personas

Más que en su acción pública, era en la intimidad donde se manifestaba un aspecto impar de la grandeza del Dr. Plinio. Su bondad sin límites y su profunda sabiduría, unidas a numerosos atributos más, hacían de él el mejor de los padres.



✠ **Hna. María Beatriz Ribeiro Matos**

En los jardines de la Academia, cómodamente sentados y reflexivos, maestro y discípulo parecen estar meditando todavía: Sócrates, con la mano apoyada en la barbilla, se prepara para dar a luz un nuevo concepto; a su lado, Platón, con oído atento, espera pacientemente. Sin embargo, los turistas se suceden, los días pasan y los sabios no pronuncian ninguna novedad: la piedra en la que fueron tallados es incapaz de hacerlo; son meras estatuas, insensibles a los siglos y a la inclemencia del tiempo.

Como ellos, no es pequeño el número de los que entraron en la historia por el pórtico de la sabiduría humana, guiados por una inteligencia brillante o un talento inusual, y su recuerdo quedó inmortalizado en libros y monumentos.

Quizá en esa lista de ilustres figuras debiera incluirse el nombre de Plinio Corrêa de Oliveira... Como se ha mostrado de sobra en un artículo anterior, su capacidad natural se prestaba a ello, lo cual era evidente para quienes lo conocieron de cerca. Un día, de hecho, un obispo muy cercano le aconsejó que se retirara de las absorbentes labores apostólicas y de la dirección de almas para dedicarse de manera exclusiva a la escritura, a fin de dejar debidamente registrado su pensamiento. «Nosotros vamos a morir —concluía—, pero los libros atraviesan los siglos».

Sin duda, los pensadores enriquecen la filosofía y la ciencia, inspirando escuelas y ocupando bibliotecas, y en ese sentido aquel prelado tenía razón. No obstante, algo les falta: el recuerdo de sus obras es perenne, pero sin vida, como las esculturas de Sócrates y Platón de la histórica Atenas... Con ellos muere su genialidad; sólo restan para su consulta las letras inanimadas que constituyen todo su legado, entregadas a menudo al polvo del olvido.

Ahora bien, la grandiosa misión del Dr. Plinio no se limitaba al oficio del sabio tal y como el mundo lo concibe (cf. 1 Cor 3, 19-20). La Providencia había adornado su alma con un conocimiento superior: su sabiduría era de orden sobrenatural, y trascendía con creces los favores del entendimiento terrenal. Elevada a la categoría de don del Espíritu Santo, propicia la aprehensión de todas las realidades —de Dios y de las criaturas— desde una perspectiva divina y tiende a disponerlo todo según esta privilegiada visión.

Así pues, los inmensos tesoros nacidos de su contemplación del orden del universo, el Dr. Plinio no los perpetuaría únicamente en papeles y folletos, sino que los transmitiría a sus discípulos. A éstos, sobre todo, los invitaría a seguirlo más allá, imitando sus caminos y compartiendo sus objetivos.

En efecto, la mayor preocupación del Dr. Plinio a lo largo de su vida no fue su acción pública ni su producción intelectual, aunque ambas fueran proficuas facetas de su existencia, sino su empeño por congregar a un puñado de seguidores dispuestos a adherirse incondicionalmente al bien. Ungiendo sus almas con su profetismo, el Dr. Plinio sería para ellos un padre y ellos serían sus hijos.

Primeros intentos

Ya en los albores de su combate, cuando casi había cumplido su primera década de vida, destaca su actitud abnegada y generosa hacia los demás. Al enfrentarse en su entorno escolar a la Revolución y discernir la maldad que ésta contiene, no quiso cerrarse en la serenidad de su inocencia y descansar en su propia rectitud, sino que decidió ayudar a sus compañeros e impedir que, inconsciente o débilmente, fueran arrasados por las olas mundanas. Así, junto con la epopeya contrarrevolucionaria que atravesaría su vida, nacía también su apostolado.

Siendo aún un joven universitario y líder católico, vio florecer las primicias de su celo: pequeños núcleos de seguidores se formaron a su alrededor. ¡Qué afortunados habrían sido estos primeros combatientes si, abiertos al profetismo y la fidelidad del Dr. Plinio, hubieran correspondido plenamente a

tal dádiva, dejándose guiar por él contra viento y marea!

Pero, por desgracia, sacudidos por la cruel persecución —a veces ostensible, a veces silenciosa— que se desató contra su maestro, algunos lo traicionaron, otros lo responsabilizaron de los fracasos sufridos; todos, en fin, se volcaron en nimiedades, convirtiéndolas en objeto de disensiones internas que el Dr. Plinio se veía obligado a solucionar, agotando gran parte de las energías que podría haber aplicado a combates mucho más gloriosos a sus propios ojos...

Sin embargo, en medio de los desmentidos e incertidumbres, la acción delicada de la Providencia revelaría paso a paso su elevada misión. Su actuación junto a sus compañeros traspasaría los límites de una mera figura pública católica y adquiriría su verdadera dimensión.

Su connubio con la Contra-Revolución

Aunque previera que un grandioso futuro lo esperaba, el Dr. Plinio se preguntaba con humildad si no habría alguien a quien debiera seguir. Como un vasallo en busca de su señor, visitó a eminentes figuras ultramontanas del Viejo Continente, pero la conducta moral inconsistente y la actitud nostálgica y carente de iniciativa de éstas frustraron sus últimas esperanzas...

De esa dolorosa constatación brotó la certeza del llamamiento impar con el que había sido agraciado: «Me daba cuenta de que una tradición casi milenaria estaba expirando, pero no moría por completo porque habitaba en mí, y a partir de mí tendría su renacimiento. Se produjo entonces una especie de unión entre esa vocación y yo mucho más profunda que antes; un verdadero intercambio de voluntad con la Contra-Revolución, como opuesta a todo



Reproducción

La escuela de pensamiento del Dr. Plinio no se perpetuaría en libros, sino en discípulos, a los cuales invitaría a una comunión de objetivos

El Dr. Plinio con Mons. João
a mediados de la década de 1960

el mal hecho y que llevaba en sí los gérmenes para destruir ese mal y hacer lo contrario, por la cual como que pasé a ser idéntico a ella».¹

El alma del Dr. Plinio, como un cofre donde coexistían las sublimidades del pasado y la promesa de esplendores futuros, estaba lista para dar a luz a los hijos e hijas que, a lo largo de las décadas y de los siglos, serían herederos de su espíritu y de su lucha. Quizá el sufrimiento causado por el aislamiento y por la incomprensión haya sido el valioso rescate que, en favor de las nuevas generaciones, pagó a la Santísima Virgen.

De hecho, tras años estériles y tormentosos, como por un milagro el Grupo² cobró nueva vida con los jóvenes que desde entonces no han dejado de llegar. Entre ellos, sin duda, el fruto más bendito de la fecundidad espiritual del Dr. Plinio fue Mons. João, futuro fundador de los Heraldos del Evangelio.

Acogida paternal de una generación quebrantada

Un observador contemporáneo se admiraría, probablemente, si pudiera contemplar los momentos de convivencia entre el Dr. Plinio y sus discípulos más jóvenes. Aunque absorto en ocupaciones de gran calado, en defensa de la causa católica y de la civilización cristiana, nunca le faltaba tiempo para aconsejar a uno, animar a otro y conversar con todos, en una relación en la que se armonizaban la seriedad y la benevolencia, el respeto y la intimidad.

Con los primeros de esa generación, que aún no estaban preparados para participar en las conferencias impartidas al conjunto, aprovechaba un breve comentario sobre el santo conmemorado ese día para transmi-

tirles las más variadas enseñanzas. Estas charlas informales cobraron tal importancia que, con el paso de los años, se convirtieron en uno de los puntos de referencia de la formación impartida por el Dr. Plinio y sustituyeron a las reuniones plenarias, trascendiendo con creces su contenido inicial.

El crecimiento de la obra trajo consigo un aumento de actividades para el Dr. Plinio y la consiguiente reducción de su tiempo disponible. Pero no dudó en destinar algunos momentos de su apretada agenda para convivir con aquellos que daban sus primeros pasos en la vocación contrarrevolucionaria.



Nunca le faltaba tiempo para aconsejar a uno, animar a otro y conversar con todos, en una relación llena de respeto e intimidad

A la izquierda, el Dr. Plinio durante una conferencia, el 12 de febrero de 1994; arriba, saludando a uno de sus hijos espirituales el 31 de enero de 1993

Por ejemplo, daba entrañables *pala-briñas* (charlas breves) en las que grupos de chicos —ya fueran estudiantes antes de irse a clase, ya jovencísimos discípulos procedentes de distintas regiones de Brasil y del extranjero— exponían con total confianza sus dificultades para vencer las batallas de la virtud en edad tan delicada, sus incipientes inquietudes doctrinarias o su curiosidad por la historia de aquel padre que los acogía con tanta afabilidad. El Dr. Plinio atendía a todos y solía concluir ese encuentro saludando personalmente a cada uno, momento inolvidable en el que no faltaban intercambios de palabras y consejos rápidos, pero muy profundos, pues estaban iluminados por el carisma de discernimiento de los espíritus con el que había sido enriquecido por la Providencia.

¿Y qué decir del té de la tarde —parte de sus hábitos desde su infancia—, durante el cual, rodeado de hijos un poco más veteranos, aprovechaba para responder a preguntas muy diversas, lo que dio como resultado un caudal de enseñanzas que hasta hoy es sumamente provechoso para las generaciones que se han sucedido?

Esta conmovedora dedicación, de la que sólo hemos dado unas mínimas

pinceladas, no eran manifestaciones irreflexivas de afabilidad circunstancial. ¡Al contrario! Más que instruir las mentes, la Revolución forjó una forma de ser—descuidada, vulgar y desenfrenada—con la que arrastró al mundo. En sentido opuesto, el Dr. Plinio aprovechaba cada ocasión para, con paciencia y maestría, hacer de sus discípulos símbolos vivos de la Contra-Revolución, de modo que sus acciones posteriores invitaran constantemente al bien de la humanidad pródiga y constituyeran una base para la implantación del Reino de María.

La fecunda semilla de una nueva forma de vida comunitaria

No obstante, para que alcanzaran tal identidad con la causa era preciso que, alejándose del bullicio mundano, se dejaran moldear por la atmósfera sobrenatural. Años antes, en un viaje a Europa, el Dr. Plinio había constatado el efecto beneficioso que tenía en sus acompañantes el haber pasado largos períodos de oración en el convento franciscano Eremita delle Carceri. Al discernir en este hecho una señal de la Providencia, tiempo después establecería los denominados *éremos*, residencias donde sus discípulos, llevando una vida co-

munitaria volcada en la contemplación, el ceremonial y el trabajo intelectual, buscarían traducir en modos de ser los principios de la Contra-Revolución, como explicó el Dr. Plinio al trazar la misión de la comunidad que debía ser el modelo para las demás: «Este es el *éremo* de la doctrina convertida en hechos, de la sabiduría puesta en personas, en acción, en estilo de vida, en realidades concretas, palpables y tangibles. He aquí el motor del barco: presentar la sabiduría en términos prácticos, vivenciales, por los cuales la persona suba hasta la doctrina».³

Sin embargo, para plasmar un tipo humano, además del ambiente se necesitaba un atuendo: inspirado en el que ya usaban como terciarios de la orden del Carmen, fue ideado un nuevo hábito. Al contemplarlo, el Dr. Plinio manifestó su satisfacción: «[Los escapularios] expresan con entera plenitud el espíritu del cual hemos de ser portadores». Y concluía: «Por primera vez en mi vida, voy a usar una prenda con la que me siento expresado».⁴

Canto gregoriano, silencio, oración, disciplina; todo contribuía a restaurar en las almas marcadas por el ritmo revolucionario el equilibrio, la paz y la compostura. Así, poco a poco, el

Dr. Plinio introdujo a esos jóvenes en una vida de ceremonial, en la que la sacralidad era la maestra.

«Soy yo quien os ha engendrado para Cristo»

El Dr. Plinio les comunicaba el espíritu de la Contra-Revolución del que estaba llena su alma, les enseñaba a dar pasos seguros en la virtud, los confortaba en la lucha y los amparaba en las caídas: era, en el más elevado de los aspectos, un padre. Podía repetir con propiedad las palabras del Apóstol: «Soy yo quien os ha engendrado para Cristo» (1 Cor 4, 15).

La relación que se establecía por la filiación espiritual se basaba en una profunda bienquerencia, que salía del corazón paterno y encontraba eco en sus seguidores: «Hijos míos, algo en vuestras relaciones conmigo [...] me recuerda mis relaciones con mi madre. [...] Se trata de la repetición de mi historia, en la realización de aquel proverbio que dice que quien ha sido buen hijo será un padre afortunado».⁵

Si, cuando es correspondido, el afecto paterno ya es admirable, quizá su belleza más profunda sólo se manifieste

ante la ingratitud. En una conversación, el Dr. Plinio reveló: «Al ver a un miembro del Grupo, incluso cuando desperdicia una porción de la vocación que no se ha extinguido en él, lo quiero mucho y siento esa dilección. Esto no supone reciprocidad. Lo propio del amor paterno es ser tal que casi elimina la reciprocidad. De manera que, al recibir las peores ingratitudes, actúa como si no pasara nada».⁶

Y no se trataba de meras palabras. En relación con aquellos que estaban estrechamente unidos a él, siempre que existiera arrepentimiento verdadero y propósito de enmienda, estaba dispuesto a pasar por alto las mayores infidelidades, fijando su mirada en el llamamiento que la Providencia había depositado en esa persona y dejando atrás el resto.

Una paternidad por encima del tiempo

Tener al Dr. Plinio como padre no fue un privilegio exclusivo de las generaciones que tuvieron la dicha de convivir con él. Regida por las leyes del espíritu, su paternidad no está sujeta a las limitaciones de la naturaleza ni a los dictados del tiempo.

De hecho, si alguien se enorgulleciera de pertenecer, en centésimo grado, a

la descendencia de un gran personaje, las leyes de la materia no le permitirían considerarse directamente su hijo, pues siglos y generaciones lo separarían. No obstante, desde la eternidad, el Dr. Plinio sigue engendrando hijos e hijas espirituales, a quienes transmite su espíritu y conduce por los caminos de la Contra-Revolución.

Así pues, a lo largo de los años, el vínculo que nos une a él no se diluye, no se distancia. Hoy, tres décadas después de su partida, el mismo afecto sube a él desde los corazones que, sin haberlo conocido físicamente, pero poseyendo su espíritu y prolongando su legado, pueden con toda propiedad llamarlo padre. ✚

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 12/12/1985.

² Manera como pasó a ser llamado internamente el movimiento fundado por el Dr. Plinio.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 6/3/1972.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 13/9/1971.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 23/10/1980.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 4/4/1988.

El vínculo que nos une a él no se ha diluido, no se distancia. Hoy, el mismo afecto sube a él desde corazones que, sin haberlo conocido físicamente, pueden con toda propiedad llamarlo padre

Misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras.
En el destacado, el Dr. Plinio el 14 de diciembre de 1994



Archivo Revista





El mundo para María: auge de devoción

La unión del Dr. Plinio con la Santísima Virgen, montaña por encima de todas las montañas, consistió en una sublime ascensión de pináculo en pináculo, hasta la consumación de su vida.

✠ **P. Rodrigo Alonso Solera Lacayo, EP**



«**S**i hubiera conocido a San Luis Grignon de Montfort cinco minutos antes de su muerte —dijo una vez el Dr. Plinio—, me habría arrodillado, habría besado sus pies y le habría aconsejado: “¡Sea aún más devoto de la Virgen!”». La osadía de este consejo, dirigido al más grande de los ma-

riólogos, presupone una vida de insaciable crecimiento en el amor a María Santísima...

En efecto, según los majestuosos designios de la Providencia, la Mediadora universal de todas las gracias obtuvo para el Dr. Plinio el don de anhelar lo sublime, especialmente en la devoción a Ella como Madre de misericordia. Ese fervor tuvo su aurora, superó innumerables pruebas, creció en plenitudes y ahora refulge en su cenit a los pies de la Reina de los Cielos.

¿Cuáles fueron los hitos de ese recorrido? ¿Cuál ha sido la culminación de dicha ascensión?

En los albores del hijo, el supremo magisterio de la madre

El misterio de la maternidad es tan elevado que el propio Creador del universo quiso tener una madre. Y desde entonces, uno de los principales deberes de las madres consiste en reflejar las virtudes de la mujer vestida de sol (cf. Ap 12, 1), elegida para engendrar al Sol de Justicia.

Ese esplendor de la Virgen entre las vírgenes y de la Madre entre las madres se manifestó fielmente en Dña. Lucilia, de quien nació el Dr. Plinio. Ya en los albores de la inocencia primaveral de su hijo, le enseñó a pronunciar los santísimos nombres de Jesús y de María, incluso antes de decir «papá» y «mamá», introduciéndolo así en la atmósfera de lo sobrenatural.

La inagotable bondad, el envolvente afecto y la desinteresada dedicación que el pequeño Plinio conoció en Dña. Lucilia fueron un peldaño fundamental para entender a Nuestra Señora, como afirmaría más tarde: «El hecho de sentir esa paciencia de mi madre me preparaba para algo muchísimo mayor: la devoción a la Santísima Virgen. Y cuando rezo la *Salve Regina* y el *Memorare* tengo la impresión de que hago con Ella un poco lo que hacía con mi madre [...], comprendiendo que la súplica del hijo afligido es escuchada y que puedo ex-

*El afecto, la bondad
y la dedicación
de Dña. Lucilia
fueron el primer
peldaño para que
el pequeño Plinio
entendiera a María
Santísima*

Doña Lucilia en París, en 1912





Reproducción

La Auxiliadora de los cristianos, sonriendo desde la inmovilidad del mármol, le hizo sentir su perdón, bondad y ternura, y le ofreció una alianza

plicarle mis problemas con confianza, pues nunca soy mal recibido».²

**Por la cruz de la probación...
la luz de la devoción!**

Cuando aún tenía 12 años, en medio de las dificultades que enfrentaba en el colegio, Plinio atravesó una terrible prueba, que sería, sin embargo, causa de un enorme paso en su devoción a Nuestra Señora.

Siempre sacaba un diez en comportamiento, pero un día encontró un seis en su boletín de notas. Atónito, decidió hacerse justicia a sí mismo y reescribió torpemente un diez... Su madre reconoció enseguida su letra y le dijo: «Prefiero cualquier cosa a tener un hijo falsi-

ficador». Amenazado con ser internado en un lejano colegio de Minas Gerais, terminó el sábado con tristeza y durmió con amargura; y fue muy temprano a la misa dominical en el santuario del Sagrado Corazón de Jesús. Se refugió al fondo de una nave lateral, a la derecha de quien entra, donde la imagen de María Auxiliadora resplandecía con nivea blancura. Genuflexo, rezó la salve, convirtiendo el saludo inicial (*Salve, Rainha*, en portugués) en la súplica de un naufrago: «¡Sálvame, Reina!».

La Madre de la misericordia, sonriendo desde la inmovilidad del mármol, le hizo sentir su perdón, bondad y ternura, y le ofreció una alianza, como si le hablara al alma: «¡Me doy enteramente a ti, pero tú debes darte enteramente a mí! Camina en la fidelidad, di “no” a los revolucionarios, dime “sí” a mí, Reina del Cielo y de la tierra. Lucha y combate, pues un día verás que tus ideales se harán realidad. Ámame toda tu vida y te amaré por toda la eternidad».³ Prometiendo no olvidarse nunca de ese socorro y de serle muy devoto, Plinio respondió en su interior: «¡Madre mía, soy tuyo!».⁴

El lunes siguiente, el director del colegio confirmó que la nota era un diez y Dña. Lucilia perdonó a su hijo. La severidad de la madre terrena había sido una clemencia, que lo elevó a la Madre celestial. Sí, porque los mayores pasos en la devoción a Nuestra Señora se dan cuando una persona, implorando un perdón extraordinario o afrontando una gran dificultad, le reza y experimenta su misericordia, su amparo y su empeño para salvarlo.

**Esclavitud: realidad aún
no explicitada, pero ya vivida**

Probado como el oro en el crisol y purificado por la Auxiliadora, Plinio adquirió fuerzas para luchar contra la Revolución. Tras iniciar su militancia en el Movimiento Católico, atravesó seis meses de terrible prueba. Durante este tormento, una novena a Santa Teresa del Niño Jesús lo condujo al libro de su vida: el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, de San Luis María Grignon de Montfort.

Mientras lo leía, se topó con un tema que nadie había mencionado antes: el Reino de María, meta hacia la cual vo-

Altar de María Auxiliadora - Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, São Paulo.
En el destacado, Plinio en 1921, año en que ocurrió el episodio del boletín



A la izquierda, el Dr. Plinio ante el altar de la Madre del Buen Consejo, Genazzano (Italia). A la derecha, San Luis María Grignon de Montfort, Basílica de San Pedro (Vaticano). En el destacado, un ejemplar del «Tratado de la verdadera devoción»

laba. Admiró a los combatientes llamados a implantar ese reino, así como el auge de santidad que lo marcaría como ápice de la historia. Estudió el libro con raptos de alegría, pero como quien llevaba pensando en tales maravillas desde el episodio del «¡Sálvame, Reina!». Para sellar su entrega a la Virgen Santísima, fue a la iglesia y comulgó, luego se encerró en su habitación, meditó, rezó el *Veni Creator Spiritus* y el *Ave Maris Stella*, y finalmente se consagró.

A lo largo de su vida, en la acción de gracias después de la comunión, imploraría siempre a Jesús la plenitud y culmen de la devoción a María, hasta donde la naturaleza humana auxiliada por la gracia lo permitiera, teniendo como objetivo la instauración del reinado de Nuestra Señora en las almas y en el mundo.

La infalibilidad de la oración, garantizada por el Redentor (cf. Mt 7, 7) y atestiguada en sus frutos por los discípulos del Dr. Plinio, nos lleva a concluir que, de hecho, había agotado su capacidad de amar a la Madre de Dios.

Escuela para constituir una orden de caballería

En la basílica de San Pedro, una galería de treinta y nueve fundadores invita

*Consagrado a María
como esclavo, el
Dr. Plinio imploraba
diariamente a Dios la
gracia de alcanzar la
plenitud y el pináculo
de la devoción a Ella*

a los fieles a elevar la mirada al Cielo. La razón de este honor especial se debe a que los fundadores reciben el don de entusiasmar no sólo a individuos o multitudes, sino también a pléyades llamadas a difundir el carisma que les ha sido concedido.

Al ver en el Dr. Plinio el arquetipo y apóstol de la esclavitud de María, discípulos suyos lo tomaron como mediador y pusieron en sus manos la consagración hecha a Ella. El pionero en recibir esta inspiración, el joven João Scognamiglio Clá Dias, fundaría décadas más tarde los Heraldos del Evangelio, en cuyo carisma el *Tratado* es un libro de luz, como lo fue para su maestro, que

había ideado una orden de caballería cimentada en las enseñanzas de San Luis Grignon.

Así como la mejor manera de consagrarse a Jesús consiste en la esclavitud a la Santísima Virgen —pensó João—, quien tenga al Dr. Plinio como padre y fundador debe entregarse a Nuestra Señora a través de él, para llevar al ápice su obediencia, su servicio y su alabanza a Dios.

Si la esclavitud es la verdadera devoción, entonces una maravilla de la gracia nos impone una profecía: Reino de María... ¡reino de esclavos de María!

Un consejo para toda la vida

En 1967 una crisis de diabetes perjudicó gravemente la salud del Dr. Plinio. No le afligía la perspectiva de la muerte, sino el temor de ver cumplido el oráculo de las Escrituras: «Hiere al pastor, que se dispersen las ovejas» (Zac 13, 7). Dejar su misión incompleta era su dolor. En el auge de su angustia, recibió una stampa del fresco de la Madre del Buen Consejo que se venera en la localidad italiana de Genazzano. Entre ambos se estableció una profunda comunicación, y la Virgen, como sonriendo, le habló al corazón: «Hijo mío,

no te inquietes. Confía, porque tu obra será concluida y cumplirás plenamente tu misión». ⁵ A tal favor le dio el nombre de *gracia de Genazzano*.

En medio de semejante sufrimiento, ¿habría mejor consejo que ése? ¡No! Como afirmó repetidamente, el resto de sus días transcurrieron apoyados en la certeza de ese auxilio sobrenatural. Unos años antes de terminar su lucha en la tierra, declaró: «Con tantas preocupaciones, si no fuera por la promesa de Genazzano me habría muerto, pues no podía soportar las incertidumbres y las dudas». ⁶

Esa gracia mística elevó su devoción a cotas aún mayores. Cruces y batallas se volverían más arduas, conquistas y victorias serían más esplendorosas. En recompensa, su unión con María alcanzaría plenitudes cada vez más amplias.

En sus últimos días, en 1995, aun sacudido por el cáncer que lo llevaría a la muerte, el Dr. Plinio seguía incentivando en todos la devoción a la Virgen. Cierta día, señalando a un cuadro de la Madre del Buen Consejo y apretando la mano de Mons. João, le preguntó: «Hijo mío, mira allí. ¿Tienes idea de cuánto Ella te ama?». Ante la respuesta afirmativa, añadió: «¡Sabes lo mucho que te aprecio! ¡Nuestra Señora te ha dado tanto!». Y el discípulo fiel, reconociendo todo cuanto había recibido de su padre y maestro, le respondió: «Sí, Nuestra Señora me ha dado mucho: me ha dado a usted y me dio a Dña. Lucilia. ¡No quiero nada más!». El incentivo había encontrado correspondencia...

Pensamientos de sabiduría evidencian lo insondable del amor

La profundidad del amor del Dr. Plinio por la Santísima Virgen, ¿quién lo puede medir? Para él, sin la fidelidad de Nuestra Señora, el mundo habría acabado tras el deicidio; tal es su importancia en la historia de la salvación. Al

ser la mujer del Génesis (cf. Gén 3, 15) y la del Apocalipsis, que abre y cierra la Revelación, y al reinar por encima de los tiempos y de los lugares, Ella impide que la humanidad rechace la totalidad de las gracias derramadas sobre los hijos de Adán, recogiendo en sí, como *Vas honorabile*, los designios del Creador al concebir el universo.

Para vislumbrar sus grandezas, pensemos en todas las maravillas de la Iglesia y de la cristiandad sintetizadas y quintaesenciadas en su alma: «Consi-

derando los esplendores de la historia, elevados a un ápice nunca alcanzado, podremos hacernos una idea de quién es Nuestra Señora. Arca de la Alianza, recogió lo que los hombres fueron rechazando y, como en el Libro de la Vida, almacenó todo lo que es bello y bueno, grande y verdadero, en proporciones inimaginables». ⁷ ¿Podría alguien sentir así los abismos y las culminaciones de la historia sin vivir seriamente la esclavitud a María?

Ahora comprendemos mejor el consejo que el Dr. Plinio le habría dado a San Luis: crecer aún más en la devoción a la Santísima Virgen. Insaciable en su entrega a la Reina del universo, él lo vivió: «Al exhalar mi último suspiro, que mis palabras sean un himno de amor a Nuestra Señora y a la Santa Iglesia: católico apostólico romano, esclavo de María. ¡Nada más!». ⁸

Siempre buscó lo sublime, primer *élan* de su alma, y en ese impulso hacia lo alto obedeció a San Bernardo: *De Maria nunquam satis*. Varón católico, vivió respirando a María, como vivirá el mundo cuando triunfe su Inmaculado Corazón. ✠



Mario Shinoda

El Dr. Plinio en 1993

Deseaba que sus últimas palabras fueran un canto de loor a la Virgen y a la Iglesia: «católico apostólico romano, esclavo de María»

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 26/12/1994.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Notas autobiográficas*. São Paulo: Retornarei, 2008, t. I, p. 71.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Notas autobiográficas*. São Paulo: Retornarei, 2012, t. III, p. 196.

⁴ *Idem, ibidem*.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 26/4/1974.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 16/8/1992.

⁷ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 13/12/1977.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 14/3/1981.



Amor sin medida a la Santa Iglesia

El norte y la brújula de la vida del Dr. Plinio fue la Iglesia Católica. A ella se unió, con ella sufrió y con ella esperó los días de la glorificación.



✠ Hna. Diana Milena Devia Burbano



Reproducción

San Pedro, de Nardo di Cione - Galería Nacional de Arte, Washington

Más. Mucho más y siempre más, rompiendo todos los límites, superando con tal exuberancia la «normalidad» de los hechos, que su entrega, su restitución y su amor estuvieran plenamente a la altura del amor de la Santa Madre Iglesia por sus hijos... He aquí el sentido de toda la existencia de Plinio Corrêa de Oliveira.

A algunos les gustaría resumir su gesta a los heroicos enfrentamientos políticos que sostuvo, a la fama y a las victorias que conquistó, a las instituciones que fundó, a las multitudes que arrastró en pos de sus ideales, o a las persecuciones que sufrió, a los disgustos, a los desastres, los sufrimientos... Pero, para sí mismo, el Dr. Plinio sólo anhelaba una recompensa: ser un va-

rón todo católico y apostólico, plenamente romano.

Si luchó, sacrificando ventajas personales para hacer de su vida una oblación continua por los intereses del papado y de la cristiandad, fue porque creía con todas las fibras de su corazón que un día contemplaría el triunfo de la Santa Iglesia contra las puertas del Infierno (cf. Mt 16, 18), que desde la noche de los tiempos han intentado en vano derrotarla.

Hijo fiel, fruto de una madre fidelísima

La vida del hombre sobre la tierra es una lucha constante (cf. Job 7, 1), pero la batalla del Dr. Plinio empezó incluso antes de que naciera, y a su madre es a quien se le debe su primera victoria. Si hubiera escuchado el consejo del médico que le sugirió que interrumpiera criminalmente un embarazo de alto riesgo, su hijo nunca habría nacido. Así pues, con su disposición de ofrecer hasta su propia vida si fuera necesario, Dña. Lucilia le enseñó al pequeño Plinio una lección que orientaría toda su existencia: nunca será suficiente obedecer a Dios y a la Santa Iglesia; para ser fiel, hay que amarlos hasta el sacrificio.

No sería ésta la única enseñanza que daría a su hijo. Dotado de un profundo discernimiento de los espíritus y un agu-

El Dr. Plinio siempre creyó que un día contemplaría el triunfo de la Iglesia sobre las puertas del Infierno, que tratan en vano derrotarla

do sentido psicológico, contó que había conocido la verdadera fe observando y analizando a Dña. Lucilia, comparando las virtudes de su alma con los ambientes sacrales de las iglesias que frecuentaba, descubriendo en su madre los reflejos de Dios mismo y comprendiendo que de Él provenían la mansedumbre, la bondad, la ternura y la rectitud que percibía en su personalidad. «Me daba cuenta de que todo lo mejor de mi madre no era suyo, sino comunicado por el Sagrado Corazón de Jesús»,¹ comentó.

Fue, entonces, viéndola rezar, examinando su manera de actuar y recibiendo su benéfica educación, que el Dr. Plinio, ya en su primera infancia, quedó cautivado por esta sagrada institución llamada Iglesia Católica y se adhirió a ella con todo su ser.

De pequeño polemista a gran batallador

Dicha adhesión se produjo con la vehemencia propia de su carácter. «Si la Iglesia es la fuente de la que brotan tales maravillas, entonces: ¡incondicional fidelidad a ella! Una fidelidad llevada hasta donde pueda llegar, sin condiciones, sin límites. ¡Es la Iglesia o nada!»,² exclamaría desde jovencito.

La obediencia a la Santa Iglesia se convirtió en la luz de su vida, haciéndole escalar, de entusiasmo en entusiasmo, la cima de un amor inexpressable por ella a medida que conocía mejor

sus verdades y los misterios de su doctrina. Pero amarla sin reservas significaba también defenderla. E, impulsado por este triple deseo de amar, servir y defender, veremos al pequeño Plinio —¡de tan sólo 4 años!— discutiendo en un teatrillo de marionetas de París con un personaje anticlerical que protagonizaba la obra, dando lecciones de moral a parientes que se habían desviado del camino de la virtud o catequizando a los criados de su casa en una cátedra improvisada en la cocina...

Amparado por profundas gracias místicas que le ayudaron a vislumbrar la grandeza de la Santa Iglesia en su interior, Plinio anheló unirse a ella de tal forma que él estuviera en sus manos como un «papel en blanco», a la espera de lo que quisiera escribir en él. Su obediencia alcanzó cotas inimaginables. «Nuestra Señora me hizo descubrir la

verdad exagerando la obediencia a la Iglesia»,³ declararía décadas después, resumiendo su vida así: «No pretendo ser más que un eco de la gran campana que es la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, [...] el eco que en medio de la batalla prolonga la voz de la campana y la hace oír en todas partes».⁴

La Iglesia era para él una galería abierta a través de la cual se ve el Cielo; la alegría de todos los elegidos, la gloria de los buenos, el honor de los seguidores de Dios; su gran entusiasmo y consuelo; una Vía Láctea de perfección, santidad e inmutabilidad; el refugio de su alma y su Paraíso en la tierra; en resumen, la piedra filosofal de su vida, hacia la que convergían todas sus admiraciones.⁵

Al llegar los enfrentamientos de su etapa estudiantil, Plinio comprendió que su fidelidad debía hacerse militante. Si para seguir los luminosos cami-

La obediencia a la Iglesia se convirtió en la luz de su vida, haciéndole escalar la cima del amor por ella a medida que conocía sus verdades

El Dr. Plinio en 1988, frente a la catedral de Notre Dame de París





El Dr. Plinio besa la imagen del Pescador - Basílica de San Pedro, Vaticano

nos de la Santa Iglesia era necesario ser casto, ¡lo sería en grado eminente y beligerante! Si para amarla con todo su corazón era menester renunciar al mundo, cerraría con vigor las puertas del éxito, dando la espalda a las glorias del siglo y consagrando su futuro, de modo absoluto, a la defensa de la Iglesia.

«Ya no soy yo el que vivo...»

A un paso de tal magnitud le corresponderían gracias de un calibre incommensurable. Tomado de encanto por la Santa Iglesia, a la que vislumbraba como una persona capaz de sentir, de alegrarse y de sufrir, el Dr. Plinio fue agraciado con un don impar: el connubio místico con aquella a quien tanto amaba. Esto es lo que se infiere de sus palabras: «Entregué mi alma a la Iglesia Católica. Lo hice conscientemente, ponderadamente, calmamente; lo hice de un hacer tal que, cuando decidí hacerlo... ¡estaba hecho! De tal manera la Iglesia había pasado a formar parte de mi ser».⁶

Por eso, sin ningún temor, exclamaría, parafraseando al Apóstol (cf. Gál 2, 20): «Ya no soy yo el que vivo, es la Santa

Su arrobamiento por el papado era ilimitado, pues comprendió que ese amor incluía también el amor al Señor, a la Santísima Virgen y a la Iglesia

Iglesia Católica Apostólica Romana quien vive en mí».⁷

Si durante su infancia y juventud amaba a la Iglesia, en la madurez se hizo uno con ella; si antes la analizaba con arrobamiento, ahora lo veía todo desde sus ojos; si antes luchaba desde fuera para glorificarla, mucho más ahora, en su interior, lideraría desde las filas del laicado mayores combates para mantenerla fiel a sí misma.

Ante semejante panorama, cabe imaginar el gozo del Dr. Plinio al considerar — en un mundo que se derrumbaba — la promesa de infalibilidad que pendía so-

bre la cátedra de Pedro. Alma hecha para admirar, veneró la grandeza espiritual del varón que, siendo humano, tocaba los bordes de lo divino y podía conducir con seguridad a la Santa Iglesia de Jesucristo a través de los borrascosos mares de la historia. Su arrobamiento por el romano pontífice era ilimitado, pues comprendía que ese amor incluía también el amor por el Señor, la Santísima Virgen y la Iglesia. «Que mi último pensamiento sea de amor por el Papa», escribiría en su documento de identidad católico.

Pero... ¡cuán duras serían las batallas que le aguardaban! Acostumbrados al ambiente ateo y relativista de nuestros días, nos resulta difícil medir la magnitud del sacrificio y del sufrimiento que soportó el Dr. Plinio al enfrentarse a la marea revolucionaria que barría los últimos destellos de la civilización cristiana y afectaba también los cimientos milenarios del rostro visible de la Esposa Mística de Cristo. «El gran sufrimiento de mi vida fue la crisis de la Iglesia»;⁸ declararía al final de sus días.

Más que generosidad, heroísmo

Ante tal escenario, el Dr. Plinio comprendió, por una acción especial de la gracia, que para defender a la Santa



Archivo Revista

El Dr. Plinio durante una ceremonia de Viernes Santo, en 1992

Iglesia no bastaba con escribir obras, pronunciar discursos u organizar campañas en las calles... Necesitaba no sólo la generosidad de quien lucha o polemiza, sino el heroísmo de quien se consume como una vela, consciente de que se ha ofrecido en holocausto.

Sabiendo que el tesoro de la Iglesia se encuentra en el conjunto de las almas sufridoras y que —parafraseando la bellísima expresión de San Bernardo— «sólo hay una medida para amar a la Iglesia: es amarla sin medida»,⁹ asumí los dolores de esta santa madre.

Midiendo y sopesando la enormidad de los sufrimientos que vendrían y aceptando con amor la laceración de sus días, sin saber, no obstante, cuál sería a ciencia cierta la utilidad de esa sangre, el Dr. Plinio adoptó una postura de incomparable fidelidad: «Si he

*La Iglesia necesitaba
no sólo la generosidad
de quien lucha y
polemiza, sino el
heroísmo de quien
se ofrece por ella
en holocausto*

de sufrir, siendo odiado, perseguido y despreciado porque he sido fiel a los aspectos inmutables y eternos de la Santa Iglesia Católica, ¡que suceda!

Mi martirio de alma o mi martirio de cuerpo será una prolongación del sufrimiento de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh, gloria! Pidiendo a su Madre Santísima que me dé coraje, seguiré adelante bajo el desprecio y el odio del mundo entero».¹⁰

¿Cómo consumó ese ofrecimiento y cómo lo vivió? Es lo que veremos en el próximo artículo. Cumple aquí pedir, con él, la gracia de abrazar el mismo camino: «Que yo pueda también, Señor, en las grandes desolaciones de la Iglesia, ser siempre fiel, estar presente en las horas más tristes, conservando inquebrantable la certeza de que la Iglesia triunfará por la fidelidad de los buenos, pues la asiste tu protección».¹¹ ❖

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 4/1/1995.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 9/10/1985.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 24/6/1982.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 15/1/1970.

⁵ Expresiones del Dr. Plinio tomadas de: *Reunión*. São Paulo, 11/10/1983; *Conferencia*. São Paulo, 26/9/1992 y 26/11/1993.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 5/8/1988.

⁷ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 7/6/1978.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 19/6/1995.

⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 6/10/1989.

¹⁰ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 30/3/1985.

¹¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Via-Sacra». In: *Catolicismo*. Campos dos Goytacazes. Año I. N.º 3 (mar, 1951), p. 5.



El triunfo conquistado por la sangre

«Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». *Fiat voluntas tua*: esta frase podría resumir muy bien la vida del Dr. Plinio.



✠ P. Mario Beccar Varela, EP

Víctima expiatoria: el concepto, que constituye el núcleo de este artículo, es tan ajeno a cualquier realidad contemporánea que no parece superfluo explicarlo.

La víctima expiatoria es, esencialmente, alguien que sufre por los demás. Merecen ser llamados así los individuos que ofrecen a Dios, en favor de otras personas u objetivos más elevados, incluso su propia vida; sin embargo, la mayoría de las veces permanecen desconocidos y no esperan nada a cambio.

La definición, sin duda, hará fruncir el ceño a cualquier hombre de nuestra sociedad, en la que los principios del interés propio se han vuelto casi absolutos, o mejor dicho, han hecho casi obsoletos otros —quizá menos prácticos; no obstante, más trascendentes—, como los de la caridad.

Sacrificarse sin ningún provecho personal puede parecer una locura, o incluso un crimen de lesa humanidad. Un crimen, sí, cuyo fautor no sería otro sino un Dios sanguinario, que exige el sacrificio de inocentes para redimir a los culpables, y cuyos cómplices forman un elenco con figuras como Santa Teresa del Niño Jesús, los pastorcitos de Fátima y, ante todo, el propio Jesucristo.

Pero, a los ojos de la fe, la verdad se muestra muy diferente. San Pablo es quien nos la indica: «Así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo» (Col 1, 24). El Cuerpo Místico de Cristo pasa por una pasión, y en función de ésta se puede comprender la misión y la importancia de las víctimas expiatorias.

El «huerto de los olivos» de la Iglesia

La agonía en el huerto era la escena del vía crucis que más conmovía la piedad del Dr. Plinio. Allí, ante la perspectiva de los sufrimientos que le estaban reservados, Jesús suplicó: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz» (Lc 22, 42a). He aquí expresada

la tribulación de un ser a la vez divino y humano. Ante el designio de la Providencia, que le causaba aflicción y le hacía sudar sangre, la naturaleza humana del Señor se aterrorizaba.

Algo similar ocurre con la Iglesia. A veces, su pasión asume propiamente el aspecto de una *agonía* —del griego, *lucha*—, en la cual lo que podríamos llamar la «naturaleza humana» del Cuerpo Místico —es decir, los individuos que lo componen, su rostro visible— siente que el cumplimiento de la voluntad divina pesa demasiado y, por tanto, se resiste a obedecer. Esos individuos prefieren una Iglesia más acorde con este mundo, más «humana» y menos divina. En consecuencia, la desfiguran, como «obligándola» a decirle a Dios: «¡Aparta de mí este cáliz!».

Ahora bien, si es en nuestra naturaleza donde se produce la agonía, también en ella debe realizarse la reparación. Corresponde a las víctimas expiatorias pronunciar, como el Señor, el *fiat voluntas tua* por la Iglesia: «Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22, 42b).

Tres alientos más...

Durante la década de 1980, en su piso de la calle Alagoas, de São Paulo, el Dr. Plinio reza sus primeras oracio-

*Corresponde a las
víctimas expiatorias
decir, como el Señor,
«fiat voluntas tua»
por la Iglesia: «No
se haga mi voluntad,
sino la tuya»*



Sergio Miyazaki



Mario Shinoda

A la izquierda, el Dr. Plinio en 1994; a la derecha, imagen de Cristo flagelado de su propiedad

nes del día. Tras una noche de insomnio, debido al peso de las preocupaciones, está exhausto. Como solía ocurrir, su mirada se posa sobre la imagen de Cristo flagelado que se encuentra en su habitación.

En ese instante, recibe una gracia: tiene la impresión de ver cómo la escultura cobra vida y suspira profundamente tres veces. En lo más profundo de su alma, el Dr. Plinio siente que el Señor le dice: «Hijo mío, cuando el hombre cree estar al límite del cansancio y piensa que no aguantará más, aún le quedan tres alientos».

Reconfortado por esta gracia, el Dr. Plinio se dispone a cargar no sólo el peso de aquel día, sino también el de los años de sufrimiento que aún le aguardaban. Se trataba del llamamiento al huerto de los olivos, respondido incesantemente por él, a ejemplo de Jesús, con un inmutable *fiat voluntas tua*.

Un dolor peor que la muerte

De hecho, en cierta ocasión, el Dr. Plinio les confió a algunos hijos

Sintiendo en lo más profundo de su alma la invitación del Señor a dar todo de sí, el Dr. Plinio le respondió con el mismo «sí» que le había dado siempre

espirituales: «Leyendo la vida de Santa Teresita, me pareció mucho más útil a la causa católica entregarme como víctima expiatoria. Morir de un solo golpe, ofreciendo un sacrificio inmediato [...]. En pocos años, gracias a este sacrificio, la Contra-Revolución sería dueña del terreno».¹

Sin embargo, Dios no quería que muriera prematuramente como la santa de Lisieux. En realidad, no le estaba reservado derramar la sangre de su cuerpo de una sola vez, sino a verter

a raudales la sangre de su alma, a lo largo de décadas...

En el Calvario del Dr. Plinio, la Providencia le dio a beber un cáliz tan amargo como inesperado. Al ver que la heterodoxia proliferaba en ciertos ambientes católicos, se lanzó de inmediato al combate. No obstante, las personas que deberían haber sido los primeros en apoyarlo, no lo hicieron. Al contrario, revelándose cómplices de las malas doctrinas, lo atacaron.

Esa cruz lo acompañó durante toda su epopeya implicando su obra *En defensa de la Acción Católica*, publicada en 1943 y, posteriormente, apodada libro kamikaze. La analogía con los pilotos japoneses es exacta. La publicación asestó a sus adversarios un golpe del que ya no se levantarían, pero lanzó al Dr. Plinio a un ostracismo aniquilador: «La relegación y el olvido nos envolvieron, cuando aún estábamos en la flor de la vida: era éste el sacrificio previsto y consentido».²



El Dr. Plinio durante su convalecencia, tras el accidente automovilístico sufrido el 3 de febrero de 1975

Podríamos extendernos mucho en esta parte de su «vía crucis». Pero aún quedan muchas «estaciones» por recorrer...

Una prueba, una gracia, una promesa

La decadencia de los hijos espirituales es para un fundador el más cruel de los tormentos. En este caso concreto, esa amargura resultó tan lancinante que provocó en 1967 la agudísima crisis de diabetes mencionada en un artículo anterior.³

El Dr. Plinio atribuía la caída espiritual de sus discípulos a un posible castigo de la Providencia por sus pecados ocultos. Ingresado de urgencia con una gangrena avanzada en el pie, la perspectiva de una muerte cercana aumentó aún más esa prueba: «Me pregunté si no sería, después de todo, el momento en que Nuestra Señora, cansada de mí, liberaría mi alma».⁴

Pero, como hemos visto, no era la perspectiva de la muerte en sí lo que le atormentaba, sino la idea de que,

*El ofrecimiento
como víctima para
salvar su obra fue
aceptado enseguida,
y el Dr. Plinio pudo
ver los frutos de su
inmenso sacrificio*

con ella, su misión quedaría truncada: «Estaba convencido de que mi fallecimiento en aquella coyuntura acarrearía la ruina del esfuerzo que comenzaba a florecer con vigor y que yo deseaba ardientemente llevar a cabo para mayor gloria de Nuestra Señora, antes de morir».⁵

Con todo, en el auge del sufrimiento intervino la Madre de misericordia con la gracia de Genazzano y, en el peor momento de la enfermedad, se grabó en su alma una certeza inquebrantable: cumpliría su misión.

Maravillas nacidas de un accidente

No obstante, la decadencia espiritual de sus hijos continuó, llegando a tal paroxismo que el Dr. Plinio se vio en la necesidad de renovar su entrega como víctima, esta vez específicamente para salvar su obra y aceptada por la Providencia con rapidez impresionante.

Al día siguiente de su ofrecimiento, el 3 de febrero de 1975, sufrió un terrible accidente automovilístico: varios huesos rotos, dos dientes arrancados, cortes profundos por todo el cuerpo, un violentísimo golpe en la cabeza que lo dejó semiconsciente durante días. Debido a una fractura en el fémur, se vio obligado a usar silla de ruedas el resto de su vida.

Sin embargo, los frutos de ese inmenso sacrificio superaron las expectativas del Dr. Plinio. Vientos de fervor soplaron sobre sus discípulos, gracias especiales les fueron concedidas, en especial a un hijo muy querido: João Clá. Refiriéndose a la mirada atenta de su seguidor, que lo acompañó en ese período, afirmó: «Veo por las repercusiones posteriores que él, con piedad filial, prestó atención a todo, analizó y sacó conclusiones de todo. Nuestra Señora se complació en que él quedara edificado con lo que vio. ¿Hasta qué punto esa edificación pudo haber contribuido a que después realizara lo que hizo? En medida no pequeña, tal vez».⁶ En efecto, gracias al apostolado de Mons. João, todo floreció en su obra.

Pero la subida al Calvario continuó. Como gigantescas olas de lodo, violentas campañas publicitarias se lanzaron contra el movimiento fundado por el Dr. Plinio. Sólo uno de estos «tsunamis» de calumnias, ocurrido en 1975, sumó más de dos mil artículos periodísticos difamatorios en dos meses. Lo enfrentó todo, sufriendo lo indecible.

Si un punto me quedara claro...

Finalmente, 1995 fue el año en que se consumó el sacrificio. La Providencia le dio a beber, en los últimos me-

ses de su vida terrenal, los sorbos más amargos del cáliz. Los ataques de enemigos externos y, peor aún, de hijos espirituales, sumergieron su alma en un mar de disgustos. Todo esto mientras luchaba contra un cáncer que había minado su salud durante ese último año.

Ingresado en el Hospital Alemán Oswaldo Cruz, de São Paulo, el Dr. Plinio pasó un mes sumido en atroces sufrimientos de cuerpo y, sobre todo, de alma, hasta el día 3 de octubre, cuando entregó su alma a Dios. Su mayor sufrimiento en esa etapa final consistió en una tremenda perplejidad: ¿cómo podría cumplir su misión? Por eso repitió, tres veces, este misterioso gemido: «Si sólo un punto me quedara claro, todo estaría resuelto».

La Santísima Virgen quería de él ese rasgo más de semejanza con su divino Hijo: la sensación de abandono por parte de Dios y la inutilidad de su sangre.

En el fracaso, ¡el triunfo!

La muerte es un fenómeno profundamente incomprendido. Aunque la comparemos con un sueño, para quien cruza el umbral de esta vida debe parecerse mucho más a un despertar. Sólo a través de ella se contempla la realidad completa, ante la cual la existencia terrenal no es más que una especie de espejismo.

Tras el fallecimiento del Dr. Plinio, en los labios inertes de su cuerpo floreció una sonrisa. ¿Qué significaría esa discreta señal? ¿Acaso ese «punto», al hacerse claro en la otra vida, brilló tanto que iluminó incluso hasta su fisonomía? De ser así, ¿qué habrá visto?

De todas las profecías sobre la pasión de Jesús, el salmo 21 se cuenta en-

tre las más completas. Iniciado con el desgarrador clamor: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», repetido por Cristo en la cruz, concluye con un canto de alabanza del hombre atendido por la Providencia. He aquí el recorrido de todos los profetas: a través

*Quizá su sonrisa a las
puertas del sepulcro se
esbozara al constatar
que, desde el Cielo,
podría atraer con
más eficacia a los
hombres hacia María*

del aparente fracaso, cumplen su misión y logran el cumplimiento de sus profecías.

Ahora bien, ¿cómo excluir al Dr. Plinio de esa regla? Él mismo llegó a pronosticar en cierta ocasión: «Mi cabeza habría de ser decapitada por la decepción, pero, fiel a sí misma, se plantaría con firmeza y ejecutaría el plan de Dios. Mis esperanzas defraudadas habrían abierto el Reino de María».⁷

La derrota de la Revolución y el triunfo de la Santísima Virgen eran, por excelencia, la profecía del Dr. Plinio, la meta de su vida. Trabajando, luchando y rezando, la persiguió; crucificándose, la conquistó de Dios. Quizá su sonrisa a las puertas del sepulcro se esbozara al constatar que, elevado de la tierra, podría atraer con más eficacia a los hombres hacia María. ✠



Sergio Miyazaki

El cuerpo del Dr. Plinio durante su funeral, en octubre de 1995

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 16/7/1994.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Kamikaze». In: *Folha de São Paulo*. São Paulo. Año XLVIII. N.º 14.489 (15 feb, 1969), p. 4.

³ «El mundo para María: auge de devoción», en esta edición.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 13/1/1968.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Una “dichiarazione”». In: *Madre del Buon Consiglio*. Genazzano. Año LXXXVIII. N.º 7-8 (jul-ago, 1985), p. 28.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 6/2/1982.

⁷ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 23/1/1994.



¡Plinio Corrêa de Oliveira está vivo!

El Dr. Plinio pasó toda su existencia anhelando el Reino de María. No obstante, la Providencia quiso llevárselo de esta vida antes de que pudiera comprobar su implantación en la tierra... ¿Habrá fallado la promesa?

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Es algo inherente al espíritu humano buscar el *unum* de las cosas; es decir, la inteligencia tiende a alcanzar un punto que defina y sintetice lo que ha sido conocido en detalle y analizado minuciosamente. Estas páginas, sin duda, no escapan a la regla.¹

Al concluir su lectura, es inevitable que deseemos encontrarnos con un desenlace. Enseguida surgen en nuestras mentes las siguientes preguntas: «¿Se habrá dicho todo respecto al Dr. Plinio? ¿Se han delineado completamente sus rasgos? ¿Se han comprendido íntegramente su vocación y su papel en la historia?».

Quizá un lector poco avisado se incline por una respuesta afirmativa.

Sin embargo, quien ha tratado con el Dr. Plinio tiene una opinión diferente...

*Torre cuya punta
se pierde en el cielo*

Aunque la presente publicación ofrece una idea de quién fue, al destacar los múltiples aspectos de su alma, se constata que es muy difícil conseguir una noción completa de la vocación y del espíritu de un varón que, a los 60 años, pudo afirmar que la extensión de sus

memorias llenaría una obra de ¡más de cien volúmenes!²

Ni el insigne don de profetismo y discernimiento de los espíritus por el que podía ver las almas, penetrar a distancia en las situaciones o describir un país en el que nunca había estado; ni su personalidad enérgica, espléndidamente corajosa y representativa de la grandeza de Dios; ni siquiera su paternal bondad, que atraía a sí a numerosos hijos: nada de esto lo retrata por entero.

*¿Se habrá dicho
todo respecto al
Dr. Plinio, su espíritu
y su vocación...?
Los que lo conocieron
pueden afirmar con
certeza que no*



El Dr. Plinio en 1994

Él mismo declaró, en diversas ocasiones, haber experimentado respecto de sí, de manera un tanto fugaz, la curiosa sensación de alguien situado en la ventana de una torre que no puede ver la propia cima de ésta.

De hecho, la Providencia quiso elevarlo como una torre de sabiduría: los que entraban en ella adquirirían conocimientos nunca enseñados en universidades ni encontrados en libros. Y quien convivía con él, tenía la impresión de estar más cerca de Dios, tal era la llama de entusiasmo inextinguible que ardía en su alma, una columna de fuego tan elevada que su punta se perdía en el cielo.

Una misión por cumplir

Sin embargo, no es sólo por la amplitud y riqueza de sus predicados por lo que resulta arduo presentar la imagen completa del Dr. Plinio. Hay otra razón mucho más profunda, basada en el hecho de que su misión providencial aún no se ha realizado en la tierra. Lejos de apreciarlo como un personaje del pasado, cuya carrera se consumó el 3 de octubre de 1995, es necesario considerarlo en estrecha relación con el desarrollo actual de los acontecimientos.

¡Cuántos hombres pasan por la vida como hojas de un árbol que, al secarse,

son arrastradas por el viento, y cuyo recuerdo no perdura!

Existe, no obstante, un principio difundido a lo largo de la historia en lo referente a los valores espirituales: siempre que un hombre asistido por singulares dones del Espíritu Santo y distinguido por una vocación especial parece extinguirse en el ostracismo, en cierto momento los obstáculos levantados por sus enemigos, para ocultar la belleza y la grandeza de su persona, ya no se susientan más.



Monseñor João junto al cuerpo del Dr. Plinio

Ni las persecuciones, ni las campañas de calumnias o el silencio de los adversarios, ni el olvido de algunos de entre sus más cercanos, ni siquiera la muerte o el granito de una tumba son capaces de impedir que su luz brille, imponiéndose así a las tinieblas...

¡Su luz brillará para toda la humanidad!

Tales eran mis cogitaciones los días previos al fallecimiento del Dr. Plinio y, especialmente, durante su funeral, al sentir el abandono en el que partía, olvidado y rechazado por muchos, hasta tal punto que ninguna autoridad eclesiástica, civil o militar acudió a rendirle su último homenaje. Fue enterrado únicamente por sus hijos.

Ante esa realidad llegué a concluir: «Es un misterio. No es posible que un varón de la estatura moral del Dr. Plinio muera aislado y desaparezca en las brumas de la historia como tantos otros. Si los hom-

Las persecuciones, las calumnias, el olvido, incluso la muerte o la piedra de la tumba no son capaces de impedir que su luz brille





El Dr. Plinio en la década 1990

bres le dan la espalda, ¡los ángeles y los bienaventurados bajan del Cielo a la tierra para presenciar sus exequias! ¡Pasarán meses, tal vez años, pero despuntará la aurora en la que, por un influjo de la gracia divina, su luz resurgirá en medio de la niebla y, como un sol abrasador y fulgurante del mediodía, brillará para toda la humanidad!

Ya durante las misas y los demás actos celebrados antes del sepelio del Dr. Plinio, al notar la atmósfera de fe que reinaba en el ambiente, pude confirmar mi convicción filial. Lejos de reacciones de abatimiento, tristeza o incredulidad, el primer efecto de su partida de este mundo fue una irrupción de nuevas e intensas gracias entre sus auténticos seguidores, que a todos henchía de júbilo a pesar de la aparente tragedia.

Nunca sus hijos espirituales habían demostrado tan claramente la certeza de la victoria de su misión como en esas conmovedoras ceremonias. Allí estaban con fisonomía alegre, pecho erguido, expresión firme y confiante.

Dios y sus elegidos no mueren

A partir de aquellos días, me pasó algo similar a lo ocurrido con ocasión

*Tan estrecha era la
unión de alma con
el Dr. Plinio que,
desde la eternidad, se
acentuaba su presencia
en lo más íntimo del
corazón de Mons. João*

del fallecimiento de Dña. Lucilia: me costaba acostumbrarme a la idea de que el Dr. Plinio había muerto. Lo sentía vivo, constantemente a mi alcance; ya no como antes, cuando lo conducía en su silla de ruedas, sino precediéndome en los caminos y como que andando de espaldas, de manera a promover un intercambio de miradas.

Además, percibía una acción cada vez más intensa del espíritu del Dr. Plinio actuando en mi interior, difícil de expresar con palabras. Tan estrecha había sido mi unión con él, que ahora desde la eternidad, por un verdadero fenómeno místico, se acen-

tuaba su presencia en lo más íntimo de mi corazón.

Por otro lado, a medida que pasaba el tiempo, esa inspiración sobrenatural se mantenía también en los demás seguidores suyos, unidos en el entusiasmo y en la fidelidad a su maestro. Su figura permanecía viva en la memoria de todos y, desde el Cielo, era un canal de santidad para sus discípulos.

Cabe recordar aquí la frase pronunciada por el presidente católico de Ecuador, Gabriel García Moreno, apuñalado y agonizante sobre el suelo de la calle, frente al Palacio de Gobierno de Quito: «¡Dios no muere!». ³

Ahora bien, si Dios no muere, un varón de Dios, precisamente por ser un reflejo de Dios, ¡tampoco muere!... La muerte es un hiato que existe solamente cuando es considerada desde la perspectiva del tiempo; ante el trono de Dios, sus elegidos están siempre vivos.

De hecho, aunque el Dr. Plinio experimentó físicamente el trance de la muerte hace ya tres décadas, su espíritu sigue vivo y activo, y, con el auxilio de la Medianera de todas las gracias, permanecerá inmortal en su obra por los



Archivo Revista

Monseñor João en enero de 2008

siglos venideros. Está vivo en sus escritos, vivo en el precioso legado de sus explicitudes, vivo en los rumbos que señaló, vivo en las costumbres que instituyó; más aún, vivo en el tipo humano que inspiró, es decir, en aquellos en cuyas almas fue plantada una semilla de profetismo participativa de su propio carisma.

Primeros albores del Reino de María

El Dr. Plinio pasó toda su existencia anhelando el Reino de María; reino profetizado por San Luis María Grignon de Montfort y anunciado por la Santísima Virgen a los tres pastorcitos en Fátima; reino vislumbrado por él ya en su adolescencia y objeto continuo de su contemplación embelesada; reino en el que, por fin, los frutos de la preciosísima sangre de Nuestro Señor

*Su espíritu sigue vivo
y continuará inmortal
en las almas en las
que fue plantada una
semilla de profetismo,
participativa de su
propio carisma*

Jesucristo y de las lágrimas de María se harán plenamente efectivos sobre la faz de la tierra.

Sin embargo, la Providencia quiso llevárselo de esta vida antes de que pudiera comprobar con los ojos de la carne la realización de la promesa... Sin duda, la verá con los ojos del alma

desde la perspectiva de la eternidad, y su misión se cumplirá, tal y como siempre esperó, por medio de sus hijos espirituales.

En determinado momento, por la ley de la historia habrá una manifestación gloriosa por parte de Dios. La Revolución, denunciada por el Dr. Plinio a lo largo de tantos años, será humillada, condenada y derrotada, y la Iglesia reflorece con una belleza, una luz y un vigor totalmente inéditos.

¿Cuándo sucederá esto? No lo sabemos. Pero desde lo alto de la montaña de la fe ya se vislumbran los primeros albores de la magnífica luz del reinado de la Santísima Virgen sobre la tierra. Que Ella pueda, según mi ardiente deseo, servirse de estas páginas para acelerar el momento en que se proclame concreta y definitivamente el triunfo de su Inmaculado Corazón. ✠

¹ El presente artículo es una transcripción del capítulo conclusivo de la obra, en cinco volúmenes, escrita por Mons. João sobre el Dr. Plinio (cf. *O dom de sabedoria na vida, mente e obra de Plinio*

Corrêa de Oliveira. Ciudad del Vaticano-São Paulo: LEV; Lumen Sapientiae, 2016, t. v, pp. 479-486). Con ligeras adaptaciones que pretenden hacerlo más accesible al lector, el texto se presta perfectamente como

colofón de esta edición de nuestra revista dedicada a ese ilustre líder católico.

² Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *O dom de sabedoria na mente, vida a obra de Plinio*

Corrêa de Oliveira. Città del Vaticano-São Paulo: LEV; Lumen Sapientiae, 2016, t. i, p. 29.

³ GÁLVEZ, Manuel. *Vida de Don Gabriel García Moreno*. Madrid: González, 1945, p. 480.

Siempre con María

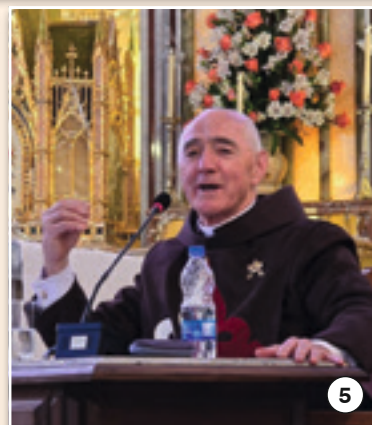
Con el fin de fomentar en las almas la devoción a la Santísima Virgen en Brasil, los Heraldos del Evangelio organizaron diversas actividades entre junio y agosto. En las fotos de abajo, «Tardes con María» en la casa de la institución de Belo Horizonte (fotos 1 y 2) y en el oratorio de Nuestra Señora de Fátima de la ciudad fluminense de Nova Friburgo (fotos 3 a 5), ambas con la asistencia del

P. Ricardo José Basso, EP; misión mariana en Balneario Camboriú (foto 6) y Blumenau (foto 7), del estado de Santa Catarina; e inicio del curso de consagración a la Santísima Virgen, según el método de San Luis María Grignion de Montfort, en la parroquia de Nuestra Señora de la Liberación de Vitória de Santo Antão, Pernambuco, con una charla impartida por el diácono Adilson Costa, EP (foto 8).

Fotos: Pablo Brito



Fotos: Diengles Heggdomme



Fotos: Ana Cristina Barros



Jackson da Silva



XV Peregrinación Nacional a Aparecida

Los participantes del apostolado del oratorio «María, Reina de los corazones» se reunieron en agosto para una nueva peregrinación nacional al santuario de Nuestra Señora de Aparecida. El programa comenzó el viernes 8 en la Basílica Vieja, desde donde partió la procesión de las

velas hacia el santuario. El sábado tuvo lugar la solemne coronación de la imagen de la Santísima Virgen y el rezo del rosario en la Tribuna del Papa Benedicto XVI, seguido de la santa misa presidida por Mons. Benedito Beni dos Santos, obispo emérito de Lorena.





Fotos: Luiz Felipe



Lucas Gabriel

Brasil – Con ocasión del año jubilar, doscientos feligreses de la parroquia Jesús Buen Pastor de Ciudad Estructural, el 16 de agosto, peregrinaron a la basílica santuario de San Francisco de Asís de Brasilia (fotos 1 y 2). El día 5, veintiún participantes del Proyecto Panadería Artesanal, de la misma parroquia, recibieron de manos de la segunda dama del país, María Lúcia Ribeiro Alckmin, el correspondiente certificado de finalización del curso (foto 3).

Fotos: Jacob



Fotos: Diócesis de San Lorenzo

Paraguay – Con motivo del inicio de la novena a Nuestra Señora de la Asunción, patrona del país, los Heraldos animaron la procesión de traslado de la imagen, de dicha advocación, desde el Panteón Nacional de los Héroes hasta la catedral metropolitana, realizada el 6 de agosto (foto 1). El 26 de julio, miembros de la institución participaron en el 2.º congreso de catequesis de la diócesis de San Lorenzo, celebrado en el polideportivo de la ciudad (fotos 2 y 3).

Fotos: Aída de Mérida



Guatemala – En los meses de junio y julio, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó los centros geriátricos Margarita Cruz (foto 1) y Day & Night (foto 3), así como las clínicas de Autonomía, del Instituto Guatemalteco de Seguridad Social (foto 2), de Ciudad de Guatemala, llevando consuelo y esperanza a enfermos y ancianos.



Fotos: Jesse Arce

Colombia – La iglesia de Nuestra Señora de Fátima de Tocancipá cumplió diez años de su dedicación el 8 de agosto. La concurrida misa de acción de gracias, a la que asistieron cerca de siete mil personas, fue presidida por Mons. Héctor Cubillos Peña, obispo de Zipaquirá, y concelebrada por varios sacerdotes. Fue el mismo prelado que, hace una década, ofició la solemne ceremonia de dedicación del templo.



Fotos: Emilio Páez

Ecuador – En la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, conmemorada el 16 de julio, los Heraldos del Evangelio animaron la santa misa presidida por Mons. Marcos Aurelio Pérez Caicedo, arzobispo de Cuenca, en la localidad de Tarqui (foto 1). Miembros de la institución también estuvieron a cargo de la celebración eucarística del último día de la novena en el monasterio del Carmen de la Asunción de Cuenca (fotos 2 y 3).



Fotos: Reginaldo Pomim

Brasil, Ubatuba – El decimoctavo aniversario de la inauguración de la capilla de Nuestra Señora del Pilar, cerca de la playa de Maranduba, fue solemnemente conmemorado el 19 de agosto con una misa de acción de gracias presidida por Mons. José Carlos Chacowski, CM, obispo de Caraguatatuba, y concelebrada por varios sacerdotes.

El patriarca Abrahán

Confianza contra toda esperanza

Cerca de cuatro mil años nos separan del patriarca Abrahán. No obstante, como ocurre con las almas justas, su memoria perdura a través de los siglos y constituye un ejemplo de fe y de entrega incondicional a los planes de Dios para todos los tiempos.



Hna. Lucilia Lins Brandão Veas



«**S**al de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación» (Gén 12, 1-2).

A lo largo de los milenios, los descendientes de Abrahán repitieron innumerables veces este pasaje, marco inicial de la vocación del gran patriarca. La Iglesia también lo exalta como aquel a quien Dios confió las primicias de su «nación santa» (1 Pe 2, 9), la porción escogida «entre todos los pueblos de la tierra» (Dt 14, 2), de la que nacería el Salvador prometido a Adán antes de ser expulsado del paraíso (cf. Gén 3, 15).

Fue eminentemente un hombre de fe, pues al camino rectilíneo de la promesa y de la bendición se le sumó en su vida el caprichoso zigzagado de la espera, las contrariedades y el aparente desmentido.¹

Destellos de una fe robusta

Valiéndose de las narraciones de la Sagrada Escritura y de datos de la historia universal, se puede calcular que Dios llamó a Abrahán aproximadamente entre el 2000 a. C. y el 1850 a. C.

Originalmente se llamaba Abrán;² era hijo de Taré, de la décima genera-

ción después de Noé, del linaje de Sem. Natural de Ur de Caldea, se trasladó con su padre y algunos parientes a Harán, donde oyó por primera vez la voz de Dios, que le ordenaba abandonara a su familia y la casa paterna.

Sin demora, partió con su esposa, Sara, y su sobrino, Lot, de Harán a Canaán, llevando consigo los bienes que poseía y sus esclavos. Al llegar allí, el Señor le prometió que daría esa tierra a sus descendientes. No obstante, Abrahán anduvo de campamento en campamento por el Néguev, considerándose siempre como un extranjero en el país.

En este pasaje se observan los primeros destellos de la fe robusta del patriarca: deja las comodidades del hogar paterno y se dirige a una tierra desconocida, que Dios le había prometido sólo *mostrársela*, para dársela no a él, sino a sus descendientes, que, sin embargo, aún no existían, pese a que Abrahán ya tenía 65 años.

Padre de una gran nación

Abrahán, cuya evocación nos lleva a imaginar a un anciano robusto, de temperamento sereno y carácter vencido, ciertamente meditó mucho

en las palabras divinas. Entre las promesas que Dios le había hecho, le dijo: «Haré de ti una gran nación».

¿Qué significaba entonces ser padre de una gran nación? Se podría pensar erróneamente que en aquellos tiempos remotos sólo existían nómadas, como lo eran Abrahán y su familia, y que la humanidad no vivía sino en tiendas... Nada más equivocado.

Como narra el capítulo décimo del Génesis, respecto de la posteridad de Noé, en la tercera generación del linaje de Cam nació Nemrod, el «primer héroe de la tierra» (Gén 10, 8), quien, según comentaristas e historiadores, fue el iniciador de la vida política ordenada y del Estado organizado autocráticamente.³

De hecho, mucho antes de la época de Abrahán ya existían ciudades-estado repartidas por toda Mesopotamia. La prosperidad de la agricultura, impulsada por los inventos de los sumerios para el riego del suelo, fomentaba un constante comercio entre ellas, lo que propició que pequeñas aldeas se convirtieran en centros urbanos cada vez más desarrollados en materia de arquitectura, escritura y economía.

Lagash, Susa, Kish, Asur, Nínive, Mari y Babilonia eran ciudades grandes, poderosas y ricas, y la propia Ur ya presentaba un notable grado de civilización.⁴ No menos importante era Egipto, gobernado por su duodécima dinastía.⁵

Ahora bien, cuando Abrahán recibió la promesa de que de él nacerían pueblos y reyes, Dios le pidió que creyera que las naciones poderosas de la tierra no serían nada en comparación con el linaje que saldría de sus entrañas. Y por la fe vislumbró el significado más profundo del plan divino.

Una certeza: los planes de Dios se realizarán

Habían pasado unos diez años, Abrahán seguía confiando; no obstante, como cualquier ser humano, al meditar en las promesas recibidas, sin duda agudas perplejidades asaltaron su espíritu: «¿No me habré equivocado? Todo parecía tan real... Quizá no haya sido fiel y Dios ha decidido abandonarme». El peso de los años aumentaba, la posibilidad de engendrar un hijo se hacía cada vez más improbable.

En una noche estrellada, tal vez mientras recordaba las promesas en medio del dolor de la incertidumbre acerca de su propia fidelidad, oyó nuevamente la grave y serena voz de Dios: «No temas, Abrán, yo soy tu escudo, y tu paga será abundante» (Gén 15, 1). Lleno de confianza, el patriarca le expuso su confusión, y el Señor «lo sacó afuera y le dijo: “Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas... [...] Así será tu descendencia”» (Gén 15, 5).

Tales palabras resonaron en lo más hondo de su alma, haciéndole desear y vislumbrar, no por las luces de la razón, sino de manera sobrenatural, la realización de los planes divinos en los que era gratuitamente introducido. En su interior comenzó a brillar, como un sol, la certeza de que las promesas se cumplirían, y esta confianza tenía como arrimo únicamente la fe en Dios, por ser Él quien es y digno de todo amor. De ahí que San Pablo repita en

su epístola a los romanos (4, 3) y a los gálatas (3, 6), al igual que Santiago (2, 23): «Abrán creyó al Señor y se le contó como justicia» (Gén 15, 6).

En este episodio se evidencia algo desconocido —u olvidado, debido a la infidelidad de la idolatría— para los pueblos antiguos: el deseo del Creador de comunicarse con los hombres, concediéndoles gracias y generando en el alma que no se opone a su acción una caridad ardiente. La imaginación desvariada de los hijos de Adán, por el contrario, siempre ha producido dioses tiránicos, cuya rudeza y brutalidad se ve confirmada por los descubrimientos arqueológicos.

Predicción de grandes sufrimientos

A continuación de este hecho, la Sagrada Escritura narra que el patriarca le preguntó al Señor cómo sabría si poseería aquella tierra, a lo que éste, en respuesta, le ordenó que hiciera un ofrecimiento. Abrahán preparó los animales según las costumbres de la época y fue presa de un profundo sueño, acompañado de un «terror intenso» (Gén 15, 12).

Al mismo tiempo, una densa oscuridad cubrió el lugar, porque ya estaba anocheciendo.

En ese momento, Dios le reveló que únicamente la cuarta generación de su descendencia heredaría esa tierra, no sin antes haber pasado por el sufrimiento de la esclavitud y la opresión durante cuatrocientos años, en un sitio donde serían considerados peregrinos.

Para sellar la alianza, «una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados» (Gén 15, 17), simbolizando la firmeza del juramento divino.

Ismael, el hijo de la esclava

Sin duda, Abrahán compartía con su esposa las gracias recibidas, pues ella era coheredera de la promesa. Pero quizá no le contó las pruebas por las que pasarían sus descendientes, ya que sólo a las almas muy llamadas y de fe convencida Dios se las puede revelar por completo.

Tal vez sintiéndose culpable por el hecho de que la pareja no engendrara una prole, Sara le entregó a su esclava



Gustavo Kraijl

Abrahán deja las comodidades del hogar paterno y se dirige a una tierra desconocida, que Dios le había prometido sólo mostrársela, para dársela a sus descendientes, que aún no existían...

«Abrahán parte hacia Canaán», de Jacopo y Francesco da Ponte - Galería Nacional de Canadá, Ottawa. En la página anterior, vitral de la iglesia de San Nicolás, Nérac (Francia)



va Agar a su esposo para que tuviera un hijo con ella. En la región donde vivían, como en todo el mundo antiguo, los señores tenían pleno dominio sobre sus esclavos y podían disponer de ellos como mejor les pareciera. Y Sara procedió según esa concepción, consciente de que si Agar daba a luz a un hijo, éste no le pertenecería a la esclava, sino a su señora.

Agar, de hecho, concibe y, por eso, comienza a despreciar a su señora... Debido a esta actitud rebelde e igualitaria, su hijo es rechazado por Sara incluso antes de nacer y el Señor se hace partícipe de ese rechazo, a pesar de que Abrahán había pedido por el niño: «“Ojalá pueda vivir Ismael en tu presencia”. Dios replicó: “No, es Sara quien te va a dar un hijo; lo llamarás Isaac; con él estableceré mi alianza y con sus descendientes, una alianza perpetua» (Gén 17, 18-19). Deja claro así que el hijo de la promesa nacerá directamente de la esposa legítima.

Ismael recibe otra bendición del Señor, pero no será el heredero de la promesa. Este hecho es comentado por San Pablo en la Carta a los Gálatas, aludiendo a la importancia de la fe: son libres e hijos de la promesa todos los que creen en Jesucristo; por el contrario, los que se aferran a costumbres obsoletas de la alianza antigua se vuelven como los hijos de la esclava Agar (cf. Gál 4, 21-31).

Nace el hijo de la promesa

Abrahán tenía ya 99 años y Sara aún no le había dado un hijo. Una tarde calurosa, mientras estaba sentado a la puerta de su tienda, vio ante sí a tres hombres, que en realidad eran tres ángeles. Con gran celo y hospitalidad, el patriarca se puso a servirles y ellos predijeron que regresarían dentro de un

año y que, para entonces, le nacería un hijo. Y así se cumplió.

Uno puede figurarse la alegría de ese matrimonio, que supo confiar en la prueba —durante un siglo!— sin desanimarse a mitad de camino. ¡Cuánto cariño y cuántas caricias debió recibir de ambos!

Pasarían los años y a la inmensa alegría, que aún perduraba, se le sumaría otra prueba, quizá la más terrible de todas...

La gran prueba de Abrahán

«Dios dijo: “Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré”. Abrahán madrugó, aparejó el asno y se llevó consigo a dos criados y a su hijo Isaac; cortó leña para el holocausto y se encaminó al lugar que le había indicado Dios» (Gén 22, 2-3).

Abrahán tenía muchos motivos para considerar incoherente la petición divina: se trataba de un sacrificio humano, contrario a la ley natural; debía inmolar

al hijo al que Dios había vinculado la promesa de poblar la tierra; consumado el ofrecimiento, Sara lo consideraría, con razón, un hombre que había enloquecido o un padre asesino...

Contra toda esperanza (cf. Rom 4, 18), Abrahán confió, sin manifestar ninguna inconformidad. Sus labios ni siquiera balbucearon palabras para argumentar con el Señor, como lo hiciera en otra ocasión en favor de su sobrino Lot. En ese momento crucial, cuando la vida le presentaba el peor giro y la historia de toda la humanidad pasaba por sus manos, demostró ser un hombre de fe.

«Realmente fue grande la fe de Abrahán. [...] Aquí no sólo hay que vencer los pensamientos humanos, sino mostrar otra cosa mayor, pues parece que las palabras de Dios combatían a los siervos de Dios, la fe luchaba contra la fe y el mandato de Dios contra las promesas divinas. [...] Dios ordenó lo contrario de las promesas, y ni siquiera así aquel justo Abrahán se turbó ni dijo que había sido engañado. [...] Con la misma fe con la que había creído que recibiría a un niño que todavía no existía, con esa misma fe también creía que Dios lo resucitaría y que haría revivir al sacrificado como una víctima»,⁶ comenta San Juan Crisóstomo.

Al tercer día de viaje, Abrahán vio a lo lejos el lugar designado para el sacrificio. Dejando a sus sirvientes al pie de la montaña, cargó la leña sobre los hombros de su hijo y prosiguió tan sólo en su compañía.

«Isaac dijo a Abrahán, su padre: “Padre”. Él respondió: “Aquí estoy, hijo mío”. El muchacho dijo: “Tenemos fuego y leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?”. Abrahán contestó: “Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío”. Y siguieron caminando juntos» (Gén 22, 7-8).



Francisco Lecaros

Abrahán tenía 99 años cuando tres ángeles lo visitaron y le predijeron que dentro de un año le nacería un hijo

«Abrahán sirve a los tres ángeles», de Giusto de Menabuoi - Baptisterio de San Juan Bautista, Padua (Italia)

A pesar de su fe, es imposible que en el fondo de su corazón Abrahán no sufriera por convertirse en el verdugo de su propio hijo. Y el joven, caminando junto a su padre, sin duda también fue tocado por una gracia para que comprendiera algo de lo que estaba pasando y aceptara ser ofrecido en sacrificio. Dios, que siempre se había manifestado al patriarca como Padre y Amigo, parecía ocultarse en ese momento...

Abrahán avanza. Cuando ya tenía a su hijo atado y el cuchillo en sus manos para inmolarlo, su fe es, finalmente, recompensada: «Pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: “¡Abrahán, Abrahán!”». Él contestó: “Aquí estoy”. El ángel le ordenó: “No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo”» (Gén 22, 11-12). Levantó los ojos y vio en un arbusto cercano, un cordero tomado por los cuernos y lo ofreció en lugar de Isaac.

Como recompensa por su fe, Dios cambia las promesas en perenne alianza, mediante un juramento: «El ángel del Señor llamó a Abrahán por segunda vez desde el cielo y le dijo: “Juro por mí mismo, oráculo del Señor: por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te colmaré de



El patriarca tenía muchos motivos para juzgar incoherente la petición divina de sacrificar al muchacho, pero confió contra toda esperanza, sin manifestar inconformidad alguna

«El sacrificio de Isaac», de Giusto de Menabuoi - Baptisterio de San Juan Bautista, Padua (Italia)

bendiciones y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de sus enemigos. Todas las naciones de la tierra se bendecirán con tu descendencia, porque has escuchado mi voz» (Gén 22, 15-18).

Bien podemos suponer que fue esta ocasión a la que alude Nuestro Señor Jesucristo en su diatriba con los fariseos: «Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría» (Jn 8, 56). ¡Qué gracia inmensa poder vislumbrar a Dios mismo hecho hombre habitando en esta tierra, prever su Pasión, Muerte y Resurrección, y conocer en su propio hijo, Isaac, una de sus prefiguraciones!

Firmes en la misma fe

Profundamente ricos en significado, los diversos episodios de la historia de Abrahán constituyen admirables ejemplos para nosotros. Dado que es imposible abarcar en pocas líneas la grandeza de su persona, queda hecha aquí la invitación a una lectura meditada de las páginas de la Sagrada Escritura que se refieren a él, así como un llamamiento a cultivar una igual confianza.

En efecto, Abrahán vivió en un mundo pagano, que negaba por completo la existencia de Dios, tal como ocurre

en la actualidad. Sin embargo, el Señor quiso condicionar a su fe la venida de Nuestro Señor Jesucristo al mundo, y él correspondió a los anhelos divinos. Ahora bien, nosotros hemos recibido también una promesa del Cielo, pronunciada por labios de la Santísima Virgen: «Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará». Después de contemplar la historia del gran patriarca, ¿aún dudaremos del cumplimiento de estas palabras y, en consecuencia, de la victoria de Jesús por medio de María?

En los hechos aquí considerados, queda claro lo mucho que la práctica de la fe, virtud sobrenatural infundida en el bautismo, es un acto libre y meritório. De nuestra voluntad depende cooperar o resistir a las invitaciones de la gracia. ✠

¹ Los datos biográficos contenidos en estas líneas han sido tomados de los capítulos 15 al 22 del libro del Génesis.

² Por conveniencia, en este artículo siempre lo llamaremos Abrahán. Dios le cambió el nombre solo después de la

alianza narrada en el capítulo 17 del Génesis.

³ Cf. WEISS, Juan-Baptista. *Historia Universal*. Barcelona: La Educación, 1927, t. 1, p. 90; CHARBEL, Antonio; LAURINI, Heladio Correia. «Comentarios ao Livro do Gênesis». In: A

Bíblia. São Paulo: Abril, 1965, p. 26, nota 5.

⁴ Cf. KELLER, Werner. *E a Bíblia tinha razão...* 5.ª ed. São Paulo: Melhoramentos, 1960, pp. 36-37.

⁵ Cf. WEISS, *op. cit.*, p. 525.

⁶ SAN JUAN CRISÓSTOMO. *Homilias sobre la Carta a los Hebreos*. Homilía XXV, c. 1, n.º 1-4. Madrid: Ciudad Nueva, 2008, pp. 416-418.

Simpatía

Mientras San Ignacio está totalmente volcado en un objetivo, en el prójimo, en Dios, Lutero se vuelve hacia dentro, hacia sí mismo, hacia los continuos tormentos de conciencia que lo asaltan.



✚ Raphaël Six

Retratados por contemporáneos suyos, los rasgos fisonómicos de los dos varones que ilustran estas páginas —los cuales fueron quizá, sin haberse encontrado nunca, los mayores antagonistas del siglo XVI— son de una elocuencia impresionante.

* * *

San Ignacio de Loyola, en la plenitud de su madurez intelectual, sugiere de inmediato un primer declive en su vigor físico: delgado, notablemente cal-

vo, arrugado. Hombre acostumbrado a ejercitar mucho más sus cualidades morales que las corporales, en éstas el antiguo soldado ya no revela nada..., nada, salvo su mirada.

Parece que el santo está absorto en alguien. Sus ojos, aunque grandes, se hallan entreabiertos y con los músculos orbiculares contraídos. Un signo de una observación aguda, penetrante y desapasionada. Por cierto, esto debía de ser algo frecuente en él, a juzgar por las

pronunciadas arrugas de expresión. Su atención parece mucho más puesta en el alma de quien le habla que propiamente en el relato que le narran. Está como afirmando: «Penetro en ti; sin embargo, yo soy impenetrable».

En contraposición, su boca más bien pequeña —como dando paso sólo a las palabras que realmente merecen ser pronunciadas—, de contornos firmes y muy definidos, se cierra en una sonrisa amable y comprensiva. Su cuello se la-dea casi de forma imperceptible en dirección al supuesto interlocutor, como asegurando: «Te acojo y estoy dispuesto a ayudarte, independientemente de los defectos que en ti discierno».

El conjunto, por tanto, da la impresión de una bondad auténtica, volcada hacia el prójimo, pero reservada, firme, austera, formal.

* * *

Lutero es todo lo contrario. Todavía lleno de lozanía, su abundante tejido adiposo se distribuye pródigamente por todas partes, acentuando aún más el redondeado oblicuo de sus rasgos.

Su nariz es grande y carnosa. Su boca, que al ser la extremidad superior del aparato digestivo constituye una especie de «embajada» del instinto en la cabeza —la región más «racional» del cuerpo—, es ancha y de contornos sinuosos, asentándose espaciosamente sobre un mentón poderoso. Su compleción es pronunciada. Todo sugiere robustez, voracidad y deseo vehemente,



Reproducción

Martín Lutero, de Lucas Cranach el Viejo - Galería Uffizi, Florencia (Italia)

escondidos en una fisonomía supuestamente distendida, pero no apaciguada.

En efecto, el amago de sonrisa y el cabello disperso contribuyen a formar un imponderable de ironía en estado de gestación, lista para estallar en una carcajada fuerte y sonora, aunque un poco desequilibrada.

Este hombre, de innegables capacidades intelectuales, revela de entrada ser un adepto a la mesa luenta, al placer fácil y a la conversación jocosa... A primera vista, es una figura que muchos podrían verse tentados a considerar simpática.

* * *

No dudamos en afirmar que muchísimos de nuestros contemporáneos, que desconocieran la identidad de los personajes, si se les pidiera que convidaran a uno de los dos a una distendida comida de fin de semana, optarían por Lutero. Después de todo, ¿no parece que el delgado pensador es demasiado sesudo y analítico como para mostrarse relajado? Por otro lado, ¿quién le negaría al gordito bromista un sitio en la mesa?

No obstante, la elección tal vez no sea la más acertada. Si un primer análisis fisonómico revela una fuerza vital del reformador alemán, un segundo indica a servicio de qué estaba. ¿No es evidente un atisbo de tristeza en su mirada? Mientras San Ignacio está totalmente volcado en un objetivo, en el prójimo, en Dios, Lutero se vuelve hacia su interior, hacia sí mismo, hacia los continuos tormentos de conciencia que lo asaltan.

Orgullosa, irascible, este último lanzaría insultos con la misma facilidad con que contaría un chiste. Su temperamento voluble no implica seguridad. Es un hombre muy adelantado a su época, en el sentido de que encaja perfectamente en la nuestra.

El fundador de la Compañía de Jesús, por su parte, aun conservando toda la austeridad del hombre interior, del jesuita y —¿por qué no?— del buen español, aun habitando en cierto modo



Reproducción

San Ignacio de Loyola, de Alonso Sánchez Coello (editado)

en el aislamiento de una luz interior inaccesible, mereció recibir, de entre muchos de los más notables de su tiempo, el título de padre.

Quizá alguien podría objetar que el juicio hecho con base en la expresión fisonómica, fundamentándose esencialmente en las apariencias, suele ser superficial y, por lo tanto, puede resultar falible. Estamos de acuerdo. Por eso debemos tratar de conferir nuestras impresiones con lo que la historia dice sobre ambos personajes.

Pero, dicho sea de paso, ¿no es exactamente ése el tipo de juicio precipitado que hacemos cuando admiramos, por ejemplo, a uno de los llamados *influencers*, de cuya vida privada y obras desconocemos por completo?

«Maldito quien confía en el hombre» (Jer 17, 5), afirman las Escrituras. ¡Cuántas personas se confunden, pensando que han encontrado un amigo, cuando lo único que hallan es un buen apetito y una buena carcajada! ¿De qué sirve una ilusoria simpatía sin una amistad auténtica y sólida?

En las situaciones difíciles es donde se descubren los verdaderos compañeros: *Amicus certus in re incerta cernitur*. En momentos así, aquel hombre circunspecto podría revelarse como una tabla de salvación, mientras que el robusto conversador podría convertirse tal vez en una carga que nos arrastrara al abismo. Que esto nos sirva para aprender a discernir, y a ser, auténticos amigos. ✦

El Dr. Plinio en el santuario
de la Madre del Buen Consejo
de Genazzano, el 23/9/1988

João Clá Dias

ISSN: 2412-2750



¡Seamos sus hijos intimísimos!

Al contemplar la imagen de la Madre del Buen Consejo y ver al Niño Jesús tan protegido y tan agarrado a Ella, desearía que un rayo de gracia descendiera sobre cada uno de nosotros y nos llevara a entender que así deberíamos ser con respecto a Nuestra Señora: hijos intimísimos, convencidos de que su misericordia no se cansa nunca, que su perdón jamás nos es negado y que su sonrisa maternal casi nos precede tan pronto como nos dirigimos a Ella. De hecho, la gracia misma de recurrir a María Santísima nos es concedida por su intercesión. De ahí, una confianza sin límites y continua en su bondad, en todas las ocasiones, en cualquier circunstancia, de todas las maneras.

Plinio Corrêa de Oliveira